

NICOLAS WALTER



SOBRE EL ANARQUISMO

¿Qué creen las y los anarquistas? ¿En qué difieren? ¿Qué quieren? ¿Qué hacen?

Prólogo de **Colin Ward**

Editorial Eleuterio



NICOLAS WALTER | SOBRE EL ANARQUISMO
BIBLIOTECA DE DIVULGACIÓN ANARQUISTA #4

NICOLAS WALTER

SOBRE EL ANARQUISMO

¿Qué creen las y los anarquistas? ¿En qué difieren?
¿Qué quieren? ¿Qué hacen?

Prólogo de
Colin Ward



WALTER, NICOLAS

Sobre el anarquismo

1a ed. – Santiago de Chile: Editorial Eleuterio, 2016.

90 pp.; 12,5x18,5 cms.

ISBN 978-956-9261-18-3

1. Anarquismo 2. Política 3. Inglaterra I. Título

.....

EDICIÓN:

Grupo de Estudios J. D. Gómez Rojas

ILUSTRACIÓN DE CUBIERTA:

Mario Riffo

PROYECTO GRÁFICO:

Artes Gráficas Cosmos

ISBN: 978-956-9261-18-3

EDITORIAL ELEUTERIO

Salvador 1319, Providencia

Santiago de Chile.

<http://eleuterio.grupogomezrojas.org/>

eleuterio@grupogomezrojas.org



*Copyleft. Este libro no tiene ningún derecho
reservado. Se invita a su reproducción y
difusión a través de todos los medios posibles.*

PVP \$3.600.- (edición física)

Impreso en Chile / Printed in Chile

NOTA EDITORIAL

Dentro de la amplia y diversa bibliografía ácrata existe un sinnúmero de breviaros sobre los aspectos básicos o esenciales del anarquismo. Introducciones, manuales, diccionarios y conferencias han sido los formatos utilizados para divulgar los principios anarquistas en economía, ciencia, política y cultura. ¿Por qué, dentro de esta aún creciente fauna, escogimos la obra de Nicolas Walter? Los motivos han de ser varios. Por ejemplo, que su autor, además de poseer un vasto conocimiento de los temas que trata, fue una persona activa políticamente, lo que en otras palabras significa que su conocimiento no procede solo de los libros o la discusión académica, sino también –y sobre todo– de su experiencia en el campo de las luchas sociales. Sin embargo, más allá de esto, es la estructura argumentativa de Nicolas Walter lo que ha llamado nuestra atención: esta obra no podría ser encasillada como una introducción ni como un manual, dado que procede a través de la exposición de conceptos esenciales –es decir, que son frecuentemente expresados en

los discursos anarquistas— para luego problematizar según las diversas visiones que co-existen dentro del anarquismo.

Lo valioso de este ejercicio es que nos otorga una idea más integral de lo que implicaría desarrollar un proyecto real de sociedad anarquista en la actualidad. Al dejar entre paréntesis la común exposición de las ideas ácratas en función de los llamados autores clásicos y su contexto histórico, Nicolas Walter nos interpela a pensar en el anarquismo como una práctica de la política y una forma social que varía según sus contextos y tiempos, antes que una identidad definida por una cierta historia política.

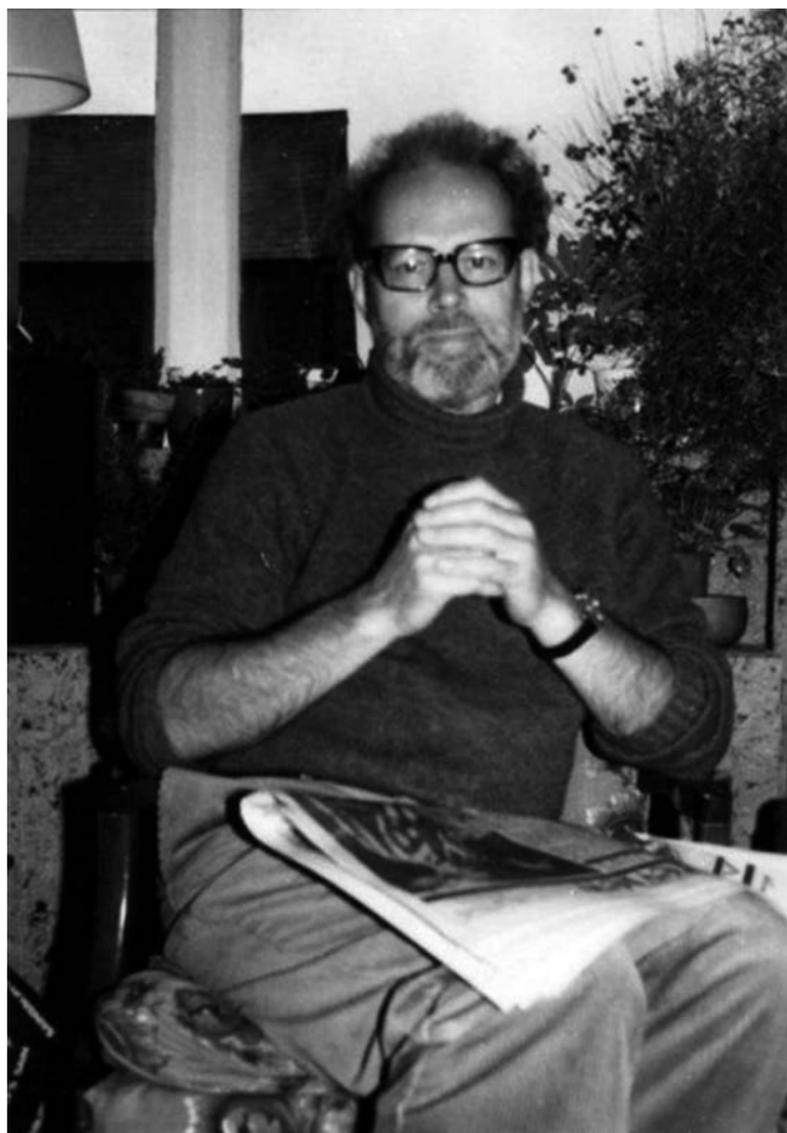
Esto nos conduce a cuestionarnos acerca del rumbo que toma la curva descendente de la servidumbre y la dominación, que día a día alimenta las arcas del Poder, y los desafíos que esto implica para el presente y futuro de las ideas anarquistas: ¿Cómo realizar los ideales de libertad, justicia e igualdad en una sociedad cuya condición ha sido mermada y deteriorada por las prácticas de la moderna esclavitud? ¿Cuál es el movimiento necesario para dejar de obedecer? ¿Sobre qué ruinas emergerá el mundo ácrata?

La edición que presentamos a continuación es fruto del análisis que el Grupo de Estudios José Domingo Gómez Rojas realizó en torno a diversas ediciones de *Sobre el anarquismo*. La primera de ellas fue descubierta en 2012 entre los archivos del Centre International de Recherches sur l'Anarchisme (CIRA) de Lausanne, Suiza, bajo el título *Incitación al anarquismo*. Se trata de una traducción publicada dentro de la publicación ácrata RUTA, número 5, con fecha 1° de septiembre de 1971, en Caracas, Venezuela. Luego nos encontramos con la segunda edición de la edi-

tora carioca Achiamé, titulada en portugués como *Sobre o anarquismo* (2000). Esta edición cuenta con el escrito de Colin Ward que hemos incluido. Finalmente, apareció un volumen de la editorial bonaerense Proyección titulado *Anarquismo hoy* (1972), donde junto a escritos de William O. Reichert, Laurens Otter y Anthony Fleming, aparece la presente obra titulada como *Acerca del anarquismo*. Dicho libro está constituido por ensayos publicados originalmente en el periódico *Anarchy* de Londres, siendo las traducciones responsabilidad de Eduardo Prieto. Nosotros, acompañados de *About anarchism* (Freedom Press, 2002), última edición inglesa con prólogo de su hija Natasha Walter, nos basamos en la versión de Proyección –distinta a la de RUTA–, mejorándola en diversos aspectos lingüísticos y adaptando algunas expresiones a nuestro castellano. Cabe mencionar que su primera edición, también a cargo de Freedom Press, data de 1969, sumando una nueva versión en 1977.

Dejando en vuestras manos una de las obras más insig-
nes del anarquismo reciente, comenzamos el ejercicio de
actualizar, completar y problematizar nuestras ideas del por-
venir social y cultural junto a la mirada crítica y sapiente de
Nicolas Walter.

GRUPO DE ESTUDIOS JOSÉ DOMINGO GÓMEZ ROJAS.
Invierno de 2016. Santiago de Chile.



NICOLAS WALTER (1934-2000)

PRÓLOGO

por Colin Ward

Todos los influenciados con la propaganda anarquista en Inglaterra recibieron con gran tristeza la noticia de la muerte de Nicolas Walter el 7 de marzo de 2000, con apenas 65 años. Para muchos de nosotros, él fue un amigo cordial y animoso, que conocía más que cualquier otro la historia del anarquismo, sus personajes e ideologías. Fue también un incansable escritor de cartas a los editores y un competente orador, polemista y locutor.

Se autodefinía periodista y conferencista, y se enorgullecía del hecho que la misma expresión describiese a sus dos abuelos: Karl Walter, que fue relator de la International Anarchist Congress, de 1907; y el propagandista radical S. K. Ratchife. Nicolas Walter estudió ruso en la República Federal de Alemania e historia en Oxford y, después de un período como profesor, trabajó en edición y periodismo (incluyendo seis años como subeditor del *Times Literary Supplement*). Editó *The New Humanist*, y lo dirigió de 1975 a 1999, hasta que se jubiló. Fue articulador de grupos

importantes como British Humanist Association, National Secular Society y South Place Ethical Society. Cuando tuvo la oportunidad de hablar en las radios, los domingos por la mañana, sus discursos humanistas fueron reconocidos por su cordialidad y sentido común.

Inevitablemente, su posición política era anarquista y, justamente con su divergencia religiosa y política, se dio su encuentro con el movimiento antinuclear. Walter fue miembro fundador del Committee of 100 y Spies for Piece –que reveló la existencia de bases regionales del gobierno para ser utilizadas en una guerra nuclear–, participando de innumerables manifestaciones. Fundador de Vietnam Action Group, estuvo preso durante dos meses por interrumpir al Primer Ministro Harold Wilson, quien estaba leyendo un pasaje de la Biblia en una iglesia de Brighton, en 1966.

Nicolas Walter tenía un estilo punzante y paradójico, manifestado en la sección de cartas al director, a cuyos editores él bombardeaba bajo diversos pseudónimos. Algunas de sus primeras, y últimas, actuaciones como periodista, están en *Freedom*. Fue un colaborador regular del periódico trimestral anarquista *The Raven (El Cuervo)*, y del periódico mensual *Anarchy*, en los años '60. En este periódico sus largos ensayos *Direct Action* y *Disobedience* (1962), se transformarán al siguiente año en el panfleto *Nonviolent Resistance*, en tanto su celebrado ensayo *About Anarchism* (1969), para el mismo periódico, ya había sido editado en diversos idiomas. Soy uno de los que saludaría una nueva edición, aunque pienso que él, con su usual escrúpulo, insistiría en la necesidad de revisar el texto.

Para mi sorpresa, Nicolas me atribuyó su iniciación en el anarquismo. Le contó a Richard Boston que, debido a

una carta que envió al *Manchester Guardian* en la época de la revolución húngara y de la invasión al Canal de Suez, en 1956, me llevó a enviarle un número de *Freedom*. Mas no podría imaginármelo siendo cualquier otra cosa que no fuera un anarquista. Hace treinta años aproximadamente, él le dijo al mismo entrevistador que «de cierta forma, yo ya era un anarquista antes de nacer, pues tenía un abuelo anarquista, aunque, la verdad, fui educado más o menos como un simpatizante del Partido Laborista Independiente –un simpatizante de extrema izquierda–, y gradualmente fui percibiendo el hecho que yo era tanto anarquista cuanto socialista.»

Muchos admiradores se lamentan que, a causa del rigor con que elaboraba todos sus textos, su lista de publicaciones quedó limitada a *Nonviolent Resistance: Men Against War* (1963) y sus dos libros *Blasphemy Ancient and Modern* (1990) y *Humanism: What's in the Word* (1997). Tal vez su gran fuerza literaria estaba en la edición escrupulosa de clásicos radicales. La variedad de panfletos que él editó y presentó incluye a Mikhail Bakunin, Edward Carpenter, Denis Diderot, Sébastien Faure, G. W. Foote, E. M. Foster, Piotr Kropotkin, Etienne de La Boétie, Joseph Lane, Henry Seymour, G. Bernard Shaw, P. B. Shelley, Oscar Wilde y Charlotte Wilson.

Apenas tomando los dos últimos de la lista, él me contó el mes pasado de su expectativa respecto a la edición del maravilloso ensayo de Wilde *The Soul of Man Under Socialism* y, según el *Freedom* de la semana pasada, su edición de los ensayos anarquistas de Charlotte Wilson es esperada para este año (ella fue la cofundadora de este periódico con Piotr Kropotkin en 1886).

Nicolas enfrentó con profundo e impresionante estoicismo la agudización de su enfermedad, habiendo explicado hace siete años que «contraí cáncer con poco más de treinta años; luego, a los cuarenta, comencé a sufrir los efectos colaterales de largo plazo; y ahora estoy sufriendo de parálisis progresiva.» Cuando un entrevistador le preguntó por qué no se realizó el tratamiento en el National Health Service, él replicó cuál sería el beneficio para sus conciudadanos de la reducción del presupuesto producto de su tratamiento.

Con gran apoyo de su segunda esposa, Christine Morris, que tenía un intenso programa de trabajo, llevó una exigente vida de parapléjico en el centro de Londres, no temiendo a los conductores que ignoraban su silla de ruedas cuando pasaba por las rodovías. Planeaba una jubilación dedicándose a la investigación, suponiendo que pudiese conducir su silla de su nueva casa en Linslade a la nueva British Library, por vía St. Pancras.

Pero el mes pasado, mucho más enfermo, contó a sus amigos que tuvo que hospitalizarse, en Casualty, arrastrándose: «en esa semana fui informado que estoy nuevamente con cáncer. La próxima semana, comienzo mi tratamiento, pese a que no tengo mucha esperanza...»

Dejó dos hijas, Susannah y Natasha, tres nietos y tres hijastros, y muchos amigos que lo recordarán como un ejemplo con muchas virtudes humanas: sabiduría, racionalidad, escepticismo y consideración.

Marzo de 2000.

SOBRE EL ANARQUISMO
NICOLAS WALTER

INTRODUCCIÓN

El movimiento anarquista contemporáneo tiene ahora cien años, a contra del momento en que los bakuninistas entraron en la Primera Internacional.¹ En Inglaterra ha habido un movimiento anarquista continuado durante noventa años (*Freedom Press* funciona desde 1886). Tal pasado es una fuente de fortaleza, pero también de debilidad, especialmente en lo que respecta a la palabra impresa. La literatura anarquista del pasado pesa gravemente sobre el presente, haciendo difícil producir una nueva literatura para el futuro. Y sin embargo, aunque las obras de nuestros predecesores son numerosas, la mayoría de ellas están agotadas, y el resto, en general, resultan anacrónicas.

Esto significa que es poco lo que podemos llamar cabalmente propio. En este artículo intentaremos acrecentarlo

1. La Primera Internacional es el punto de inflexión que da paso al Congreso de Saint Imier, celebrado en el pueblo de Saint Imier (ubicado en la Región del Jura, Suiza) en septiembre de 1872, tras la expulsión de Míkhail Bakunin y James Guillaume durante el Congreso de La Haya (N. de E.).

presentando una nueva formulación del anarquismo. Lo dirigimos, en particular, a los lectores ingleses de fines de la década de 1960, pues ocurre en Inglaterra en ese momento una considerable resurrección del interés en el anarquismo como base no para la argumentación sectaria acerca del pasado, sino para la discusión práctica acerca del futuro.

Tal formulación constituye necesariamente un enfoque individual, pues uno de los rasgos esenciales del anarquismo consiste en que éste se basa en el juicio individual; pero nos proponemos a la vez tomar en cuenta los puntos de vista generales que prevalecen en el movimiento anarquista e interpretarlos sin prejuicios. Nos expresaremos en lenguaje simple y sin hacer constante referencia a otros autores o eventos pasados, de modo que se nos pueda comprender sin dificultad y sin tener ningún conocimiento previo. Pero nuestras ideas derivan de lo que otras personas dijeron en el pasado, y no pretenden ser originales. Tampoco están destinadas a ser definitivas; hay mucho más que decir acerca del anarquismo de lo que puede encerrarse en estas pocas páginas, y este resumen pronto será superado, sin duda, como casi todos los que lo precedieron.

Ante todo, no apelo en absoluto a la autoridad, pues otro rasgo esencial del anarquismo es que rechaza la autoridad de cualquier portavoz. Si mis lectores no tienen ninguna cosa que criticar, habré fracasado. Lo que sigue es simplemente una exposición personal del anarquismo, nacida de la experiencia de la lectura de literatura anarquista, la discusión de ideas durante quince años, la participación en actividades y la publicación de artículos en la prensa anarquista durante diez años.

Mayo de 1969.

LO QUE CREEN LOS ANARQUISTAS

Los primeros anarquistas eran participantes de las revoluciones inglesa y francesa de los siglos XVII y XVIII, a los que se dio ese nombre como insulto, para sugerir que deseaban la anarquía en sentido de caos o confusión. Pero desde la década de 1840 los anarquistas aceptaron ese nombre como señal de que deseaban la anarquía en el sentido de ausencia de gobierno. La palabra griega *anarkhía*, como la inglesa “anarchy” y la española “anarquía”, tienen ambos significados; las personas que no son anarquistas piensan que las dos cosas equivalen a lo mismo, pero los anarquistas insisten en mantenerlas separadas. Durante más de un siglo los anarquistas creyeron no sólo en que la ausencia de gobierno no tiene por qué significar el caos y la confusión sino en que una sociedad sin gobierno será realmente mejor que aquella en que vivimos en la actualidad.

El anarquismo es la elaboración política de la reacción psicológica contra la autoridad que aparece en todos los grupos humanos. Todo el mundo conoce a los anarquistas

por naturaleza, que no creerán ni harán algo sólo porque alguien se les diga. A lo largo de la historia, la tendencia práctica hacia la anarquía se observa entre individuos y grupos que se rebelan contra quienes los dominan. La idea teórica de la anarquía es también muy vieja; así, la descripción de una edad de oro en que no existía gobierno puede encontrarse en el pensamiento de la antigua China y de la India, Egipto y Mesopotamia, Grecia y Roma, y de la misma manera puede descubrirse el deseo de una utopía futura sin gobierno en el pensamiento de innumerables autores y comunidades religiosas y políticas. Pero la aplicación de la anarquía a la situación actual es más reciente, y sólo en el movimiento anarquista del siglo pasado encontramos la exigencia de una sociedad sin gobierno aquí y ahora.

Otros grupos, tanto de izquierda como de derecha, desean librarse del gobierno en teoría, sea cuando el mercado es tan libre que ya no necesita supervisión o cuando la gente es tan igual que ya no necesita coacción, pero las medidas que toman parecen robustecer cada vez más al gobierno. Son los anarquistas, y sólo ellos, los que desean librarse del gobierno en la práctica. Esto no significa que los anarquistas piensen que todos los hombres son naturalmente buenos, o idénticos, o perfectibles, o cualquier insensatez romántica de esa clase. Significa que los anarquistas piensan que casi todos los hombres son sociales y similares, y capaces de vivir sus propias vidas. Muchas personas dicen que el gobierno es necesario porque hay algunos hombres en cuya capacidad para cuidarse a sí mismos no podemos confiar, pero los anarquistas dicen que el gobierno es dañino porque no puede confiarse a ningún grupo de hombres el cuidado de los demás. Si todos los hombres son tan malos

como para necesitar que otros los dominen, preguntan los anarquistas, ¿cómo puede haber algún grupo de hombres que sea suficientemente bueno como para dominar a los otros? El poder tiende a corromper, y el poder absoluto corrompe absolutamente. Al mismo tiempo, la riqueza de la Tierra es producto del trabajo de la humanidad en su conjunto, y todos los hombres tienen igual derecho a participar en la continuación del trabajo y en el goce del producto. El anarquismo es un tipo ideal que requiere al mismo tiempo total libertad y total igualdad.

LIBERALISMO Y SOCIALISMO

El anarquismo puede verse como un desarrollo, sea del liberalismo o del socialismo, o del liberalismo y el socialismo a la vez. Como liberales, los anarquistas desean la libertad; como socialistas, desean la igualdad. Pero no nos satisface el liberalismo solo o el socialismo solo. La libertad sin igualdad significa que los pobres y débiles son menos libres que los ricos y fuertes, y la igualdad sin libertad significa que todos somos esclavos. La libertad y la igualdad no son contradictorias, sino complementarias. En lugar de la vieja polarización de libertad frente a igualdad —de acuerdo con la cual se nos dice que más libertad iguala a menos igualdad, y más igualdad iguala a menos libertad—, los anarquistas señalan que en la práctica no podemos tener una sin la otra. La libertad no es auténtica si algunas personas son demasiado pobres o demasiado débiles para disfrutarla, y la igualdad tampoco es auténtica si hay algunas personas dominadas por otras. La contribución crucial a la teoría política que realizaron los anarquistas consiste en esta comprensión de que la libertad y la igualdad son, en el fondo, la misma cosa.

El anarquismo parte también tanto del liberalismo como del socialismo en su adopción de un punto de vista diferente acerca del progreso. Los liberales ven la historia como un desarrollo lineal que parte del salvajismo, la superstición, la intolerancia y la tiranía, y llega a la civilización, la ilustración, la tolerancia y la emancipación. Hay progresos y retrocesos, pero el verdadero progreso de la humanidad se realiza a partir de un pasado malo hacia un futuro bueno. Los socialistas ven la historia como un desarrollo dialéctico a partir del salvajismo, a través del despotismo, el feudalismo y el capitalismo, hasta llegar al triunfo del proletariado y a la abolición del sistema de clases. Hay revoluciones y reacciones, pero el verdadero progreso de la humanidad se realiza nuevamente a partir de un pasado malo hacia un futuro bueno.

Los anarquistas ven el progreso en forma totalmente diferente; de hecho, a menudo no ven ninguna clase de progreso. Según nuestro enfoque, la historia no constituye un desarrollo lineal o dialéctico en una dirección, sino un proceso dualista. La historia de toda sociedad humana es el relato de una lucha entre los dominadores y los dominados, entre quienes poseen y los desposeídos, entre la gente que desea gobernar y ser gobernada y las personas que desean librarse a sí mismas y a sus congéneres; los principios de la autoridad y la libertad, del gobierno y la rebelión, del Estado y la sociedad, están en perpetua oposición. Esta tensión no se resuelve nunca; el movimiento de la humanidad va ahora en una dirección, luego en otra. El surgimiento de un nuevo régimen o la caída del antiguo no es una ruptura misteriosa en el desarrollo o una parte aún más misteriosa del desarrollo, sino que es exactamente lo que parece ser.

Los eventos históricos sólo son bienvenidos en la medida en que acrecientan la libertad y la igualdad para todo el pueblo; no hay ninguna razón oculta para llamar buena a una cosa mala porque sea inevitable. No podemos hacer ninguna predicción útil acerca del futuro, y no podemos estar seguros de que el mundo vaya mejorando. Nuestra esperanza reside solamente en que, a medida que aumentan el conocimiento y la conciencia, la gente se dará más cuenta de que puede cuidarse a sí misma sin necesidad de ninguna autoridad.

Sin embargo, el anarquismo deriva en verdad del liberalismo y del socialismo, tanto histórica como ideológicamente. El liberalismo y el socialismo son movimientos que se produjeron antes que el anarquismo, y éste surgió de la contradicción que existía entre ellos; la mayoría de los anarquistas comienzan aun siendo liberales o socialistas, o ambas cosas. El espíritu de rebelión raramente está del todo desarrollado al nacer, y en general crece no dentro del anarquismo, sino como un proceso que lleva a él. En cierto sentido, los anarquistas siguen siendo siempre liberales y socialistas, y cuando rechazan lo que es bueno un uno y otro movimiento traicionan al propio anarquismo. Por un lado, consideramos necesaria la libertad de expresión, de reunión, de movimiento, de conducta, y, especialmente, la libertad para diferir; por el otro, sostenemos la igualdad de posesiones, la solidaridad humana, y, especialmente, la posibilidad de compartir el poder. Somos liberales pero lo somos más, y somos socialistas pero lo somos más.

Sin embargo, el anarquismo no es sólo una mezcla de liberalismo y socialismo; eso sería la socialdemocracia o el capitalismo de bienestar. Por mucho que debamos a los

liberales y a los socialistas, y por más cerca que estemos de ellos, diferimos fundamentalmente de ambos —y de los socialdemócratas— en tanto rechazamos la institución del gobierno. Tanto los liberales como los socialistas dependen del gobierno (los liberales aparentemente para preservar la libertad, pero en realidad para impedir la igualdad y los socialistas aparentemente para preservar la igualdad, pero de hecho para impedir la libertad). Aun los liberales y socialistas más extremados no pueden prescindir del gobierno, del ejercicio de la autoridad por algunas personas sobre otras. La ausencia del anarquismo, la única cosa sin la cual no es anarquismo, es la negación de la autoridad sobre cualquiera por parte de cualquiera.

DEMOCRACIA Y REPRESENTACIÓN

Muchas personas se oponen al gobierno no democrático, pero los anarquistas difieren de ellas porque también se oponen al gobierno democrático. Algunas personas se oponen también al gobierno democrático, pero los anarquistas difieren de ellas no porque temen u odian el dominio del pueblo, sino porque creen que la democracia no es el dominio del pueblo —que la democracia es, de hecho, una contradicción lógica, una imposibilidad física—. La auténtica democracia sólo es posible en una pequeña comunidad donde cada uno pueda participar en cada decisión; y entonces no es necesaria. Lo que se llama democracia y se supone que es el gobierno del pueblo por sí mismo es, de hecho, el gobierno del pueblo por gobernantes elegidos, y será mejor llamarla “oligarquía consensual”.

El gobierno en manos de personas a las que hemos elegido difiere del que ejercen quienes se eligieron a sí mis-

mos, y en general mejor que este último, pero es, con todo, un gobierno que algunas personas ejercen sobre otras. Aun el gobierno más democrático depende, no obstante, de que alguien haga hacer a otros determinadas cosas o les impida hacerlas. Aunque nos gobiernen nuestros representantes somos aún gobernados, y tan pronto comienzan a gobernarlos contra nuestra voluntad cesan de ser nuestros representantes. La mayoría de las personas están actualmente de acuerdo en que no tenemos ninguna obligación ante un gobierno en el cual no se nos conceda ninguna voz; los anarquistas van más lejos e insisten en que no tenemos ninguna obligación ante un gobierno que hayamos elegido. Podemos obedecerlo porque estamos de acuerdo con él o porque somos demasiados débiles para desobedecerlo, pero no tenemos ninguna obligación de obediencia cuando disintamos de él y somos bastante fuertes como para no obedecer. La mayoría de las personas coinciden actualmente en que quienes están implicados en cualquier cambio deberían ser consultados acerca de él antes de que se tomen decisiones; los anarquistas van más lejos e insisten en que esas personas mismas deberían tomar la decisión y proceder a llevarla a cabo.

Así, los anarquistas rechazan la idea de un contrato social y la idea de representación. En la práctica, sin duda, la mayoría de las cosas las harán siempre unas pocas personas —aquellas que estén interesadas en un problema y sean capaces de resolverlo—, pero no hay ninguna necesidad de que se las seleccione o elija. Surgirán siempre de cualquier manera, y es mejor para ellas que esto ocurra en forma natural. La cuestión reside en que los líderes y los expertos no tienen que ser gobernantes, en que el liderazgo y la pericia no se vinculen necesariamente con la autoridad. Y cuando es con-

veniente la representación, no debe ser sino eso; el único representante verdadero es el delegado o diputado que tiene mandato de quienes se lo confieren y está sujeto a revocación inmediata de su designación por parte de éstos. En ciertos aspectos, el gobernante que pretende ser un representante es peor que aquel que es obviamente un usurpador, porque resulta más difícil luchar contra la autoridad cuando esta está revestida por finas palabras y argumentos abstractos. El hecho de que seamos capaces de votar por nuestros gobernantes una vez cada varios años no significa que tengamos que obedecerlos por el resto del tiempo. Si lo hacemos será por razones prácticas, no sobre fundamentos morales. Los anarquistas están contra el gobierno, como quiera que se le constituya.

ESTADO Y CLASE

Los anarquistas han concentrado tradicionalmente su oposición a la autoridad sobre el Estado, es decir, sobre la institución que pretende tener el monopolio del poder dentro de una cierta extensión territorial. Esto ocurre porque el Estado es el supremo ejemplo de autoridad en una sociedad y constituye también la fuente o la confirmación del uso de la autoridad a través de ella. Además, los anarquistas se han opuesto tradicionalmente a toda clase de Estado: no sólo a la obvia tiranía de un rey, un dictador o un conquistador sino también a variaciones tales como el despotismo ilustrado, la monarquía progresista, la oligarquía feudal o comercial, la democracia parlamentaria, el comunismo soviético, etcétera. Los anarquistas tendieron incluso a decir que todos los Estados son lo mismo, y que no hay nada que elegir entre ellos.

Esta es una simplificación excesiva. Todos los Estados son por cierto autoritarios, pero algunos de ellos son, con la misma certeza, más autoritarios que otros, y cualquier persona normal preferiría vivir bajo un Estado menos autoritario que bajo uno más autoritario. Para dar un simple ejemplo, esta formulación del anarquismo no podría haberse publicado bajo la mayoría de los Estados del pasado, y tampoco podría haber aparecido bajo la mayoría de los Estados de izquierda y derecha, tanto en el Este como en el Oeste²; yo preferiría vivir donde se pudiera publicar, al igual que la mayoría de mis lectores, sin lugar a dudas.

Pocos anarquistas tienen aún tal actitud simplista ante una cosa abstracta llamada “el Estado”, y los anarquistas concentran su ataque sobre el gobierno central y las instituciones que derivan de él, no sólo porque son parte del Estado sino porque constituyen los ejemplos extremos del uso de la autoridad en la sociedad. Nosotros contraponemos al Estado con la sociedad, pero no lo vemos como ajeno a ésta, como un desarrollo artificial; en cambio, lo consideramos parte de la sociedad, es decir, como un desarrollo natural. La autoridad es una forma normal de conducta, como lo es la agresión; pero es una forma de conducta que debe controlarse y de la que hay que llegar a liberarse. Esto no se logrará tratando de encontrar maneras de institucionalizarlo, sino sólo descubriendo modos de prescindir de él.

Los anarquistas objetan las instituciones obviamente represivas del gobierno –funcionarios, leyes, policías, tri-

2. El autor escribe en 1969, época de la denominada “Guerra Fría”, donde el Este representaba al bloque capitalista, comandado por los Estados Unidos, y el Oeste al bloque comunista, liderado por la Unión Soviética.

bunales, prisiones, ejércitos, etcétera— y también las que son en apariencia benevolentes —organismos subvencionados y consejos locales, industrias nacionalizadas y empresas públicas, bancos y compañías de seguros, escuelas y universidades, prensa y radio, y muchas otras—. Cualquiera puede advertir que las primeras dependen no del consentimiento sino de la compulsión y, en última instancia, de la fuerza; los anarquistas insisten en que las últimas actúan con la misma mano de hierro, aunque el guante esté forrado de terciopelo.

Sin embargo, las instituciones que derivan directa o indirectamente del Estado no pueden comprenderse si se les recibe como puramente malas. Tienen un aspecto bueno en dos sentidos. Poseen una útil función negativa cuando desafían el uso de la autoridad por parte de otras instituciones, tales como padres crueles, terratenientes codiciosos, patrones brutales, criminales violentos; y ejercen una útil función cuando promueven actividades sociales deseables, tales como obras públicas, operativos de ayuda en casos de desastre, sistemas de comunicación y transporte, arte y cultura, servicios médicos, sistemas de jubilaciones y pensiones, ayuda a los pobres, educación, etc. Así, tenemos al Estado liberador y al Estado de bienestar, al Estado que trabaja por la libertad y al que trabaja por la igualdad.

La primera respuesta anarquista a este planteo es que también tenemos al Estado opresivo —la principal función del Estado es de hecho mantener sujeto al pueblo, limitar la libertad—, y que todas las funciones benevolentes del Estado pueden ejercerse mediante asociaciones voluntarias, como ha ocurrido con frecuencia. En este caso, el Estado se parece a la Iglesia medieval. En la Edad Media, la Iglesia estaba

implicada en todas las actividades sociales esenciales y era difícil creer que esas actividades fueran posibles sin ella. Sólo la iglesia podía bautizar, casar y enterrar a la gente; y hubo que aprender que ésta no controlaba realmente al nacimiento, al amor y a la muerte. Todo acto público requería una bendición religiosa oficial –cosa que sigue ocurriendo en muchos casos– y la gente tuvo que aprender que el acto era igualmente efectivo sin la bendición. La Iglesia interfería en los aspectos de la vida comunal que ahora domina el Estado, y a menudo los controlaba. La gente ha aprendido a comprender que la participación de la Iglesia es innecesaria e incluso dañina; lo que tiene que aprender ahora es que el dominio del Estado es igualmente pernicioso y superfluo. Necesitamos del Estado exactamente durante el lapso en que pensemos que lo necesitamos, y todo lo que éste hace puede hacerse igualmente bien, o incluso mejor, sin la sanción de la autoridad.

La segunda respuesta anarquista es que la función esencial del Estado consiste en mantener la desigualdad existente. Los anarquistas no están de acuerdo con los marxistas en que la unidad básica de la sociedad es la clase, pero la mayoría coincide en que el Estado es la expresión política de la estructura económica, en que es el representante del pueblo que posee o controla la riqueza de la comunidad y el opresor del pueblo que hace el trabajo creador de esa riqueza. El Estado no puede redistribuir riqueza en forma equitativa porque es el principal agente de la distribución inicua. Los anarquistas coinciden con los marxistas en que debe destruirse el actual sistema, pero no están de acuerdo en que el sistema futuro pueda establecerse mediante un Estado controlado por manos diferentes; el Estado es una

causa, así como un resultado, del sistema de clases, y una sociedad sin clases que se establezca mediante un Estado, pronto se transformará nuevamente en una sociedad clasista. El Estado no irá desapareciendo —el pueblo debe abolirlo deliberadamente despojando del poder a los gobernantes y de la riqueza a los ricos—; estas dos acciones están vinculadas, y una sin la otra será siempre fútil. La anarquía en su sentido más auténtico significa una sociedad sin gobernantes u hombres ricos.

ORGANIZACIÓN Y BUROCRACIA

Esto no significa que los anarquistas rechacen la organización, aunque aquí encontramos uno de los más arraigados prejuicios acerca del anarquismo. La gente puede aceptar que la anarquía quizás no signifique sólo caos o confusión y que los anarquistas no desean el desorden, sino el orden sin gobierno, pero sí está segura de que la anarquía significa un orden que surge espontáneamente y de que los anarquistas no desean la organización. Esto es lo inverso de la verdad. Los anarquistas desean realmente mucha más organización sin autoridad. El prejuicio acerca del anarquismo deriva de un prejuicio acerca de la organización; la gente no puede comprender que la organización no depende de la autoridad, que funciona realmente en forma óptima sin autoridad.

Si se reflexiona un instante se advertirá que cuando la compulsión se reemplaza por el consentimiento tendrá que haber más discusión y planeamiento, y no menos. Todas las personas implicadas en una decisión serán capaces de tomar parte en su elaboración, y nadie podrá dejar ese trabajo a funcionarios pagados o a representantes elegidos. Cuando

no haya reglas que observar o precedentes que seguir, toda la decisión tendrá que tomarse de nuevo. Sin gobernantes que obedecer o líderes que seguir, todos podremos llegar a nuestras propias decisiones. Para que todo esto funcione habrá que acrecentar, y no reducir, la multiplicidad y complejidad de los vínculos existentes entre los individuos. Tal organización puede ser imperfecta e ineficiente, pero se hallará mucho más cerca de las necesidades y de los sentimientos de las personas en cuestión. Si no puede hacerse algo sin el antiguo tipo de organización, sin la existencia de la autoridad y de la compulsión, probablemente no valdrá la pena hacerlo y sería mejor dejarlo sin realizar.

Lo que los anarquistas en verdad rechazan es la institucionalización de la organización, el establecimiento de un grupo especial de personas cuya función consiste en organizar a otras. La organización anarquista sería fluida y abierta; tan pronto como la organización se endurece y cierra, cae en manos de una burocracia, se transforma en el instrumento de una clase particular y vuelve a caer en la expresión de la autoridad en lugar de la coordinación de la sociedad. Todo grupo tiende a la oligarquía, al dominio de unos pocos, y toda organización tiende hacia la burocracia, es decir, hacia el dominio de los profesionales. Los anarquistas deberán luchar siempre contra estas tendencias, tanto en el futuro como en el presente, y entre sí mismos así como entre otros.

PROPIEDAD

Tampoco los anarquistas rechazan la propiedad, aunque tienen un punto de vista peculiar acerca de ella. En cierto sentido la propiedad es un robo; es decir, la apropiación exclusiva de algo por alguien es una privación para todos los

demás. Esto no quiere decir que seamos todos comunistas; lo que significa es que cualquier derecho de una persona en particular respecto de cualquier cosa determinada, no depende de que haya hecho, encontrado o comprado, o de que se hayan dado o la use, la desee o tenga derecho legal a ella, sino de si la *necesita* —y, por añadidura, si la necesita más que algún otro—. Esta no es una cuestión de juicio abstracto o de ley natural, sino de solidaridad humana y sentido común obvio. Si yo tengo un pan entero y tú tienes hambre, es tuyo y no mío. Si yo tengo una chaqueta y tú tienes frío, ésta te pertenece. Si yo tengo una casa y tú no la tienes, tienes derecho a utilizar por lo menos una de mis habitaciones. Pero en otro sentido, la propiedad es libertad; es decir, el goce privado de los bienes y enseres en una cantidad suficiente constituye una condición esencial de la buena vida para el individuo.

Los anarquistas están en favor de la propiedad privada que no pueda ser utilizada por una persona para explotar a otra —las posesiones personales que acumulamos desde la niñez y que se transforman en parte de nuestra vida—. A lo que nos oponemos es a la propiedad pública que sea inútil en sí misma y sólo pueda ser utilizada para explotar a la gente: tierra y edificios, instrumentos de producción y distribución, materias primas y artículos manufacturados, dinero y capital. El principio en cuestión es que puede decirse que un hombre tiene derecho a lo que produce mediante su propio trabajo, pero no a lo que obtiene del trabajo de otros; tiene derecho a lo que necesita y usa, pero no a lo que no necesita y no puede usar. Tan pronto como un hombre tiene más de lo necesario, el excedente se desperdicia o impide que otros tengan lo suficiente.

Esto significa que los ricos no tienen ningún derecho a su propiedad, pues son ricos no porque trabajen mucho sino porque muchas personas trabajan para ellos; y los pobres tienen derecho a la propiedad de los ricos, pues son pobres no porque trabajen poco sino porque trabajan para otros. En verdad, los pobres casi siempre trabajan más horas en trabajos menos interesantes y en peores condiciones que los ricos. Nadie ha llegado nunca a la riqueza o siguió conservándola mediante su propio trabajo, sino sólo mediante la explotación del trabajo de los demás. Un hombre puede tener una casa y un trozo de tierra, las herramientas de su actividad y buena salud durante toda su vida, y puede trabajar con el mayor ahínco posible mientras sus energías se lo permitan: con ello producirá bastante para su familia, pero poco más; e incluso entonces no llegará realmente a bastarse a sí mismo, pues dependerá de otros para proveerse de algunas cosas necesarias que éstos le facilitarán a cambio de parte de su producción.

La propiedad pública no es sólo una cuestión de posesión sino también de control. No es necesario poseer propiedad para poder explotar a otro. Los ricos han utilizado siempre a otras personas para manejar su propiedad, y en este momento en que las sociedades anónimas y las empresas estatales están reemplazando a los propietarios individuales, los gerentes se transforman en los principales explotadores del trabajo de los demás. Tanto en los países adelantados como en los retrasados, en los Estados capitalistas como en los comunistas, una insignificante minoría de la población posee aún, o controla de otra manera, una abrumadora proporción de la propiedad pública.

Pese a las apariencias, este no es un problema económico o legal. Lo que importa no es la distribución del dinero,

el sistema de posesión de la tierra, la organización de los impuestos o el método con que les fija, la ley de la herencia o el hecho básico de que algunas obedecerán a otras. Si nos rehusáramos a trabajar para los ricos y los poderosos desaparecería la propiedad; de la misma manera en que si nos rehusáramos a obedecer a los gobernantes desaparecería la autoridad. Para los anarquistas, la propiedad se basa en la autoridad, y no al revés. La cuestión no consiste en la manera en que los campesinos alimentan a los terratenientes o los obreros llenan los bolsillos de los patrones, sino en *por qué* lo hacen, siendo ésta es una cuestión política.

Algunas personas tratan de resolver el problema de la propiedad cambiando la ley o el gobierno, sea mediante reforma o por revolución. Los anarquistas no tienen en absoluto fe en tales soluciones, pero no están todos de acuerdo en cuál es la solución correcta. Algunos anarquistas desean la división de todo entre todos, de modo que todos tengamos una parte igual de la riqueza del mundo, y un sistema comercial de *laissez-faire* con libre crédito para impedir la acumulación excesiva. Pero la mayoría de los anarquistas no tienen tampoco fe en esta solución y desean la expropiación de toda la propiedad pública de manos de quienes tienen más de lo que necesitan, de modo que todos tengamos igual acceso a la riqueza mundial y el control esté en manos de toda la comunidad. Pero hay por lo menos acuerdo en que el actual sistema de propiedad debe destruirse junto con el actual sistema de autoridad.

DIOS Y LA IGLESIA

Los anarquistas han sido tradicionalmente anticlericales, y también ateístas. Los primeros anarquistas se opusieron a la Iglesia tanto como al Estado, y la mayoría de ellos se opusieron a la religión misma. El lema “Ni Dios ni amo” ha sido utilizado a menudo para sintetizar el mensaje anarquista. Muchas personas comienzan aún su trayectoria en el anarquismo abandonando su fe y transformándose en racionalistas o humanistas; el rechazo de la autoridad divina alienta al rechazo de la autoridad humana. Casi todos los anarquistas de la actualidad probablemente son ateos o por lo menos agnósticos.

Pero ha habido anarquistas religiosos, aunque se ubican habitualmente fuera de la corriente principal del movimiento anarquista. Ejemplos obvios los constituyen las sectas heréticas que anticiparon algunas ideas anarquistas antes del siglo XIX, y grupos de pacifistas religiosos de Europa y Estados Unidos durante los siglos XIX y XX, especialmente Tolstoi y sus continuadores a comienzos de este último siglo, y el movimiento del Trabajador Católico en los Estados Unidos desde la década de 1930.

El anarquista genérico que odiaba la religión declinó a medida que disminuyó el poder de la Iglesia, y la mayoría de los anarquistas piensan ahora que se trata de una cuestión personal. Se opondrían a la idea de desalentar la religión mediante la fuerza, pero también se opondrían a la resurrección de la religión por el mismo procedimiento. Dejarían que cada uno creyera e hiciera lo que le viniera en gana, en la medida en que sólo se afecte a sí mismo; pero no permitirían que la Iglesia siguiera teniendo poder.

Entretanto, la historia de la religión es un modelo para la historia del gobierno. En una época se consideraba imposible que existiera una sociedad sin Dios; ahora Dios está muerto. Se considera todavía imposible que exista una sociedad sin el Estado; ahora debemos destruir al Estado.

GUERRA Y VIOLENCIA

Los anarquistas se han opuesto siempre a la guerra, pero no todos ellos se han opuesto a la violencia. Son antimilitaristas, pero no necesariamente pacifistas. Para los anarquistas, la guerra es el ejemplo supremo de autoridad fuera de una sociedad, y al mismo tiempo un poderoso reforzamiento de la autoridad dentro de ésta. La violencia organizada y la destrucción en la guerra constituyen una versión enormemente magnificada de la violencia organizada y de la destrucción que provoca el Estado. La guerra es la salud del Estado. El movimiento anarquista tiene una fuerte tradición de resistencia a la guerra y a los preparativos para ella. Unos pocos anarquistas han apoyado algunas guerras, pero siempre se les reconoció como renegados por parte de sus camaradas, y esta oposición total a las guerras nacionales es uno de los grandes factores unificadores que existen entre los anarquistas.

Pero los anarquistas han distinguido entre guerras nacionales que incluyen a Estados, y guerras civiles entre clases. El movimiento anarquista revolucionario desde fines del siglo XIX ha propiciado una insurrección violenta para destruir al Estado, y los anarquistas tomaron parte activa en muchos levantamientos armados y guerras civiles, especialmente en las de Rusia y España. Sin embargo, aunque se hayan visto envueltos en tales luchas, no se hicieron nin-

guna ilusión respecto de que éstas produjeran por sí mismas la revolución. La violencia podía ser necesaria para el trabajo de destruir al viejo sistema, pero era inútil, e incluso peligrosa, para la tarea de construir un sistema nuevo. Un ejército popular puede derrotar a una clase dirigente y destruir a un gobierno, pero no puede ayudar al pueblo a crear una sociedad libre. De nada vale ganar una guerra si no se puede ganar la paz.

Muchos anarquistas han dudado, en verdad, respecto de si la violencia desempeña alguna función útil. Como en el caso del Estado, no es una fuerza neutral cuyos efectos dependan de quien la utilice, y no resultarán de ella cosas correctas por el solo hecho de que esté en buenas manos. Por supuesto, la violencia de los oprimidos no es lo mismo que la violencia de los opresores, pero aunque constituya la mejor salida de una situación intolerable, sólo lo será en segundo lugar. Es uno de los rasgos más desagradables de la actual sociedad, y sigue siéndolo por bueno que sea su fin; además, tiende a destruir su fin mismo, incluso en situaciones en que parece apropiada, tales como la revolución. La experiencia de la historia sugiere que las revoluciones no están garantizadas por la violencia; por el contrario, cuanto más violencia, menos revolución.

Todo esto puede parecer absurdo a las personas que no son anarquistas. Uno de los más antiguos y persistentes prejuicios acerca del anarquismo es que los anarquistas superan a todos los demás hombres en violencia. El estereotipo del anarquista armado de una bomba que oculta bajo su capa tiene ya ochenta años, pero sigue fuertemente arraigado. Muchos anarquistas han favorecido en verdad la violencia, algunos propiciaron el asesinato de figuras públicas, y unos

pocos apoyaron incluso el terrorismo entre la población, para ayudar a destruir el presente sistema. Hay un aspecto oscuro en el anarquismo, y de nada vale negarlo. Pero es un solo aspecto del anarquismo, y además pequeño. La mayoría de los anarquistas se han opuesto siempre a cualquier forma de violencia que no sea necesaria (la violencia ocurre inevitablemente cuanto la gente se desembaraza de sus gobernantes y explotadores).

Los principales perpetradores de la violencia han sido los que sostienen a la autoridad, no los que la atacan. Los grandes atentados con bombas no los cometieron individuos de destino trágico llevados a la desesperación en el Sur de Europa hace más de medio siglo, sino las máquinas militares de todos los Estados del mundo a lo largo de la historia. Ningún anarquista puede competir con la *blitz* y la bomba atómica, ningún Ravachol o Bonnot puede soportar la comparación con Hitler o Stalin. Podríamos alentar a los obreros a apoderarse de su fábrica o a los campesinos a adueñarse de su tierra, y podríamos romper ventanas o construir barricadas, pero no tenemos soldados, ni aviones, ni policía, ni prisiones, ni campos de concentración, ni pelotones de fusilamiento, ni cámaras de gas, ni verdugos. Para los anarquistas, la violencia es un ejemplo extremo del uso de poder de una persona contra otra, la culminación de todo aquello a lo que nos oponemos.

Algunos anarquistas han sido incluso pacifistas, aunque esto no sea habitual. Muchos pacifistas han sido (o llegado a ser) anarquistas, y los anarquistas han tendido a moverse hacia el pacifismo a medida que el mundo se movía hacia la destrucción. Algunos se han sentido especialmente atraídos por el tipo de pacifismo militante defendido por Tolstoi y

Gandhi, y por el uso de la no violencia como técnica de acción directa, y muchos anarquistas han participado en movimientos antibélicos y ejercieron, en ocasiones, una significativa influencia sobre ellos. Pero la mayoría de los anarquistas –incluso quienes están muy dedicados al movimiento– consideran que el pacifismo se excede en su rechazo de toda violencia por cualquier persona en cualquier circunstancia, y se queda corto en su creencia de que la eliminación de la violencia por sí sola constituirá una diferencia fundamental para la sociedad. Donde los pacifistas ven a la autoridad como una versión más débil de la violencia, los anarquistas ven a la violencia como una versión más fuerte de la autoridad. También les repugna el aspecto moralista del pacifismo, su ascetismo y su fariseísmo, y su punto de vista benévolo acerca del mundo. Repetimos: son antimilitaristas, pero no necesariamente pacifistas.

EL INDIVIDUO Y LA SOCIEDAD

La unidad básica de la humanidad es el hombre, el ser humano individual. Casi todos los individuos viven en sociedad, pero la sociedad no es nada más que un conjunto de individuos, y su único propósito consiste en posibilitar a éstos una vida plena. Los anarquistas no creen que las personas tengan derechos naturales, y esto se aplica a todos; un individuo no tiene ningún derecho a hacer algo, pero ningún otro individuo tiene derecho a impedirle que lo haga. No hay una voluntad general ni una norma social a la cual debemos ajustarnos. Somos iguales, pero no idénticos, la competencia y la ayuda mutua, la agresión y la benevolencia, la intolerancia y la tolerancia, la violencia y la amabilidad, la autoridad y la rebelión son todas formas naturales

de conducta social, pero algunas ayudan a promover la vida plena de los individuos y otras la obstaculizan. Los anarquistas creen que la mejor manera de garantizar esa vida plena consiste en asegurar una igual libertad para todos los miembros de la sociedad.

No tenemos entonces tiempo para ocuparnos de la moralidad en el sentido tradicional, y no nos interesa lo que las personas hacen en su propia vida. Que cada individuo haga exactamente lo que quiera, dentro de los límites de su capacidad natural, siempre que permita a los demás individuos hacer exactamente lo que éstos desean. Cosas tales como la vestimenta, la apariencia, el vocabulario, la forma de vivir, la relación con la gente, etcétera, son cuestiones de preferencia personal. Otro tanto ocurre con el sexo. Estamos en favor del amor libre, pero esto no significa que promovamos la promiscuidad universal; quiere decir que todo amor es libre, excepto la prostitución y la violación, y que la gente debería ser capaz de elegir (o rechazar) por sí misma formas de conducta sexual o compañeros de sexo. La extremada indulgencia puede resultar adecuada para una persona, la extremada castidad para otra, aunque la mayoría de los anarquistas piensan que el mundo sería un lugar mejor si hubiera habido mucha menos charla inútil sobre el asunto y mucha más actividad sexual. El mismo principio se aplica a cosas tales como las drogas. La gente puede intoxicarse con alcohol o cafeína, cannabis o anfetamina, tabaco u opiáceos, y no tenemos derecho a impedirselo, y no digamos castigarlos, aunque podamos tratar de ayudarlos. En forma similar, debe dejarse que cada individuo practique la religión que quiera, mientras permita a los otros individuos practicar la suya o no tener ninguna. No interesa que la gente se ofenda;

lo que importa es que no sea lesionada. No hay ninguna necesidad de preocuparse por diferencias de conducta personal; de lo que hay que preocuparse es de la gran injusticia de la sociedad autoritaria.

El principal enemigo del individuo libre es el poder avasallador del Estado, pero los anarquistas se oponen también a toda otra forma de autoridad que limite la libertad —en la familia, en la escuela, en el trabajo, en la vecindad— y a todo intento de someter al individuo. Sin embargo, antes de considerar cómo puede organizarse una sociedad para que sus miembros gocen de la máxima libertad, es necesario describir las diversas formas que ha tomado el anarquismo según los distintos puntos de vista acerca de la relación existente entre el individuo y la sociedad.

EN QUÉ DIFIEREN LOS ANARQUISTAS

Es notorio que los anarquistas disienten entre sí, y en ausencia de líderes y funcionarios, jerarquías y ortodoxias, castigos y recompensas, políticas y programas, es natural que la gente cuyo principio fundamental es el rechazo de la autoridad tienda al disenso permanente. Sin embargo, hay varios tipos bien establecidos de anarquismo, de los cuales la mayoría de los anarquistas eligieron uno para expresar su punto de vista particular.

EL ANARQUISMO FILOSÓFICO

El tipo original de anarquismo fue lo que ahora llamamos anarquismo filosófico. Según este punto de vista, la idea de una sociedad sin gobierno es hermosa pero no realmente deseable, o deseable pero no realmente posible, por lo menos hasta este momento. Tal actitud predomina en todos los escritos aparentemente anarquistas anteriores a la década de 1840, y ayudó a impedir que los movimientos populares anárquicos se transformaran en una amenaza más seria para

los gobiernos. Se trata de una actitud que aún se encuentra entre personas que se llaman a sí mismas anarquistas pero se mantienen fuera de todo movimiento organizado, y también entre algunas personas que pertenecen al movimiento anarquista. Muy a menudo parece haber una actitud casi inconsciente, según la cual el anarquismo, como el reino de Dios, está dentro de uno. Esa actitud se revela tarde o temprano mediante alguna frase como: “Por supuesto, soy anarquista, pero...”

Los anarquistas activos tienden a despreciar a los anarquistas filosóficos, y esto es comprensible aunque infortunado. En la medida en que el anarquismo es un movimiento minoritario, un sentimiento general en favor de las ideas anarquistas, por vago que sea, crea un clima en que se presta oídos a la propaganda anarquista y el movimiento puede crecer. En cambio, la aceptación del anarquismo filosófico puede disponer a la gente contra una apreciación del anarquismo real, pero, por lo menos, es mejor que la completa indiferencia. Así como los anarquistas filosóficos, hay muchas otras personas que están cerca de nosotros pero rehúsan llamarse anarquistas, y algunas que rehúsan admitir cualquier tipo de calificación. Todas esas personas tienen un papel que desempeñar, aunque sólo sea proveer de un auditorio sensible y trabajar por la libertad en su propia vida.

INDIVIDUALISMO, EGOÍSMO Y LIBERTARISMO

El primer tipo de anarquismo que pasó de ser meramente filosófico fue el individualismo. Según este punto de vista la sociedad no es un organismo, sino un conjunto de individuos autónomos que no tienen ninguna obligación hacia ella como un todo, sino solamente obligaciones de unos res-

pecto de otros. Ese punto de vista existió mucho antes de que adviniera algo denominado anarquismo, y hubo quienes continuaron sosteniéndolo en forma totalmente separada del anarquismo. Pero el individualismo tiende siempre a suponer que los individuos que constituyen la sociedad deben ser libres e iguales y que sólo pueden llegar a serlo mediante su propio esfuerzo y no por la acción de instituciones exteriores; y cualquier desarrollo de esta actitud hace que el mero individualismo se acerque al anarquismo real.

La primera persona que elaboró una teoría del anarquismo que podamos reconocer como tal –William Godwin, en *An Enquiry concerning Political Justice* (1793)³– fue un individualista. Reaccionando contra quienes defendían o atacaban a la Revolución Francesa, Godwin postuló una sociedad sin gobierno y con la menor organización posible, en la cual los individuos soberanos debían precaverse de cualquier forma de asociación permanente; pese a muchas variaciones, ésta es aún la base del anarquismo individualista. Este es un anarquismo para intelectuales, artistas y excéntricos, para personas que trabajan solas y gustan de reservarse para sí mismas. Desde la época de Godwin atrajo a esas personas, especialmente en Inglaterra y Estados Unidos, e incluyó figuras tales como Shelley y Wilde, Emerson y Thoreau, Augustus John y Herbert Read. Como quiera que ellos se denominen a sí mismo, su individualismo se trasluce.

Quizás induzca a error decir que el individualismo es un tipo de anarquismo, pues ha ejercido una profunda influen-

3. En nuestro idioma se puede consultar: William Godwin. *Investigación acerca de la justicia política y su influencia en la virtud y la dicha generales*. Buenos Aires : Editorial Americalee, 1945. 417 páginas (N. de E.).

cia sobre todo el movimiento anarquista, y cualquier experiencia u observación de los anarquistas muestran que constituye aún una parte esencial de su ideología, o por lo menos de su motivación. Los anarquistas individualistas son, por así decirlo, los anarquistas básicos, que simplemente desean destruir a la autoridad y no perciben ninguna necesidad de colocar otra cosa en su lugar. Este es un punto de vista acerca del hombre que tiene sentido hasta donde llega, pero no va bastante lejos como para encarar los problemas reales de la sociedad, que requieren seguramente acción social más que personal. Si permanecemos solos, podemos salvarnos a nosotros mismos, pero no podremos salvar a los demás.

Una forma más extrema del individualismo es el egoísmo, especialmente el del tipo expresado por Max Stirner en *Der Einzige und sein Eigentum* (1845) –traducido comúnmente como *El yo y su ámbito propio*, aunque una mejor versión sería *El individuo y su propiedad*⁴–. Como Marx o Freud, Stirner es difícil de interpretar sin ofender a todos sus partidarios, pero quizás sea aceptable decir que su egoísmo difiere del individualismo en general por el hecho de que rechaza abstracciones tales como la moralidad, la justicia, la obligación, la razón y el deber, en favor de un reconocimiento intuitivo de la singularidad existencial de cada individuo. Se opone naturalmente al Estado, pero también se opone a la sociedad, y tiende al nihilismo (el punto de vista según el cual nada importa) y al solipsismo (el punto de vista de que sólo uno mismo existe). Es claramente anarquista, pero de una manera más bien improductiva, puesto que cualquier

4. En castellano, se recomienda consultar la edición: Max Stirner. *El único y su propiedad*. México D.F. : Sexto Piso, 2014. 456 páginas (N. de E.).

forma de organización más allá de una temporaria “unión de egoístas” se considera como la fuente de una nueva opresión. Este es un anarquismo para poetas y vagabundos, para personas que desean una respuesta absoluta y no asumir ningún compromiso. Es la ANARQUÍA aquí y ahora, si no en el mundo, por lo menos en la propia vida.

Una tendencia más moderada que deriva del individualismo es el libertarismo. Este punto de vista, en su sentido más simple, sostiene que la libertad es cosa buena; en sentido más estricto, que la libertad es el fin político más importante. Así, el libertarismo no es tanto un tipo específico de anarquismo como una forma atenuada de éste, el primer estadio en el camino hacia el anarquismo completo. A veces se le utiliza realmente como sinónimo o eufemismo para designar al anarquismo en general, cuando hay alguna razón para evitar una palabra más emotiva, pero en su uso más general significa la aceptación de las ideas anarquistas en un campo particular, sin el reconocimiento del anarquismo en su conjunto. Los individualistas son libertarios por definición, pero los socialistas libertarios o comunistas libertarios son quienes aportan al socialismo o al comunismo el reconocimiento del valor esencial del individuo.

MUTUALISMO Y FEDERALISMO

El tipo de anarquismo que aparece cuando los individualistas comienzan a poner en práctica sus ideas es el mutualismo. Según este punto de vista la sociedad, en lugar de confiar en el Estado, debería organizarse por acción de individuos que celebren acuerdos voluntarios entre sí sobre una base de igualdad y reciprocidad. El mutualismo es un rasgo de cualquier asociación que sea algo más que instintiva y

menos que oficial, y no es de índole necesariamente anarquista, pero fue históricamente importante en el desarrollo del anarquismo, y casi todas las propuestas anarquistas de reorganización de la sociedad han sido, esencialmente, mutualistas.

La primera persona que se denominó deliberadamente anarquista –Pierre Joseph Proudhon en *Qu'est-ce que la propriété?* (1840)⁵– fue un mutualista. Reaccionando contra los socialistas utópicos y revolucionarios de comienzos del siglo XIX, postuló una sociedad constituida por grupos cooperativos de individuos libres que intercambian los artículos necesarios para la vida sobre la base del valor de trabajo, e intercambian el crédito libre a través de un banco del pueblo. Este es un anarquismo para artesanos, para pequeños propietarios y comerciantes, para profesionales y especialistas, para personas que gustan de la autonomía. Pese a sus contradicciones, Proudhon tuvo muchos partidarios, especialmente entre la clase obrera especializada y la clase media baja, y su influencia fue considerable en Francia durante la segunda mitad del siglo XIX; el mutualismo ejerció también una particular atracción en Estados Unidos, y en mayor medida en Inglaterra. Tendieron a adoptarlo más tarde la clase de ilusos que propician la reforma monetaria o las comunidades auto-suficientes, medidas que por su índole prometen rápidos resultados pero no afectan la estructura básica de la sociedad. Este es un punto de vista acerca del hombre que tiene

5. Existen diversas ediciones de esta obra. En el cono sur americano se ha popularizado: Pierre Joseph Proudhon. *¿Qué es la propiedad?: investigaciones sobre el principio del derecho y del gobierno*. Buenos Aires : Libros de Anarres, 2005. 240 páginas (N. de E.).

sentido hasta donde llega, pero no llega a enfrentarse con cosas como la industria y el capital, el sistema de clases que predomina en éstos, o –sobre todo– el Estado.

El mutualismo es, por supuesto, el principio del movimiento cooperativo, pero las sociedades cooperativas se manejan según lineamientos democráticos más bien que anarquistas. Una sociedad organizada según el principio del mutualismo anarquista sería aquella en la cual las actividades comunales estuvieran en efecto en manos de sociedades cooperativas sin dirigentes permanentes o funcionarios elegidos. El mutualismo económico puede considerarse entonces como un cooperativismo sin burocracia o como un capitalismo sin ganancia.

El mutualismo expresado geográficamente, más bien que económicamente, se transforma en federalismo. Según este enfoque, la sociedad, en un sentido más amplio que el de la comunidad local, debe coordinarse mediante una red de consejos que surgen de los diversos sectores y que a su vez son coordinados por otros consejos que abarcan zonas más extensas. El rasgo general del federalismo anarquista consiste en que los miembros de tales consejos serían delegados sin ninguna autoridad ejecutiva, sometidos a destitución en cualquier momento, y en que los consejos no tendrían ninguna autoridad central, sino sólo un simple secretariado. Proudhon, el primero que elaboró el mutualismo, fue también el primero en elaborar el federalismo –en *El principio federal*, de 1863– y a sus seguidores se les llamó federalistas tanto como mutualistas, especialmente a quienes estaban activos en el movimiento laboral; así, las figuras que dentro del período inicial de la Primera Internacional y de la Comuna de París anticiparon las ideas del movimiento

anarquista moderno, se denominaron en general a sí mismas federalistas.

El federalismo no es tanto un tipo de anarquismo como una parte inevitable de éste. Todos los anarquistas son virtualmente federalistas, pero prácticamente ninguno de ellos se definiría sólo como federalista. El federalismo es, después de todo, un principio común que de ninguna manera se limita al movimiento anarquista. No contiene nada de utópico. Los sistemas internacionales que se emplean para coordinar los ferrocarriles, el movimiento naviero, el tráfico aéreo, los servicios postales, los telégrafos y teléfonos, la investigación científica, las campañas contra el hambre, los operativos en caso de desastre, y muchas otras actividades de alcance mundial son esencialmente de estructura federalista. Los anarquistas agregan simplemente que tales sistemas trabajarían con la misma eficacia dentro de sus respectivos países, como lo hacen entre éstos. Después de todo, esto es ya cosa cierta respecto de una abrumadora proporción de sociedades voluntarias, asociaciones y organizaciones de toda clase que manejan actividades sociales que no son financieramente rentables o políticamente aprovechables.

COLECTIVISMO, COMUNISMO, SINDICALISMO

El tipo de anarquismo que va más lejos del individualismo o el mutualismo e implica una amenaza directa al sistema de clases y al Estado es lo que se acostumbra llamar colectivismo. Según este punto de vista, la sociedad sólo podrá reconstruirse cuando la clase trabajadora se apodere del control de la economía por una revolución social, destruya el aparato estatal y reorganice la producción sobre la base de la propiedad y el control comunes mediante asociaciones de

trabajadores. Los instrumentos de trabajo serían propiedad común, pero los productos del trabajo se distribuirían según el principio contenido en el slogan: “De cada uno según su capacidad, a cada uno según su trabajo”.

Los primeros anarquistas contemporáneos –los bakuninistas de la Primera Internacional– fueron colectivistas. Por reacción contra los mutualistas reformistas y los federalistas, y también contra los blanquistas y marxistas autoritarios, aquéllos postulaban una forma simple de anarquismo revolucionario: el anarquismo de la lucha de clases y el proletariado, de la insurrección masiva de los pobres contra los ricos, y de la inmediata transición a una sociedad libre y sin clases, sin ningún período intermedio de dictadura. Este es un anarquismo para los obreros y campesinos con conciencia de clase, para los militantes y activistas del movimiento laboral, para los socialistas que desean la libertad así como la igualdad.

Este colectivismo anarquista o revolucionario no debe confundirse con la otra forma más conocida del colectivismo autoritario y reformista de los socialdemócratas y fabianos –el colectivismo que se basa en la propiedad común de la economía, pero también en el control estatal de la producción–. En parte debido al peligro de esta confusión, y en parte porque es aquí donde los anarquistas y socialistas se acercan más entre sí, la mejor manera de describir a aquel tipo de anarquismo es calificarlo de socialismo libertario, que incluye no sólo a los anarquistas que son socialistas sino también a los socialistas que inclinan hacia el anarquismo pero que no son cabalmente anarquistas.

El tipo de anarquismo que aparece cuando se elabora con más detalle el colectivismo es el comunismo. Según el

comunismo, no es suficiente la posesión en común de los instrumentos de trabajo, sino que también deben ser comunes los productos de trabajo y se les debe distribuir según el principio contenido en el slogan: “De cada uno acuerdo a su capacidad, a cada uno según sus necesidades”. El argumento comunista es que si bien los hombres tienen derecho al pleno valor de su trabajo, es imposible calcular el valor del trabajo de cualquier hombre pues está incluido en el de los demás, y diferentes clases de trabajo tienen diferentes clase de valor. Es por lo tanto mejor que toda la economía esté en manos de la sociedad en su conjunto y que queden abolidos los salarios y el sistema de precios.

Las figuras señeras del movimiento anarquista a fines del siglo XIX y comienzos del XX –tales como Kropotkin, Malatesta, Reclus, Grave, Faure, Goldman, Berkman, Rocker y otros– fueron comunistas. Partiendo del colectivismo y reaccionando contra el marxismo, postularon una forma más refinada de anarquismo revolucionario: el anarquismo que contiene la crítica más concienzuda de la sociedad actual y propuestas para la sociedad futura. Este es un anarquismo para aquellos que aceptan la lucha de clases pero tienen una visión más amplia del mundo. Si el colectivismo es anarquismo revolucionario que se concentra sobre el problema del trabajo y se basa en el cuerpo colectivo de los trabajadores, el comunismo es anarquismo revolucionario que se concentra sobre el problema de la vida y se basa sobre la comuna del pueblo.

Desde la década de 1870, el principio del comunismo fue aceptado por la mayoría de las organizaciones anarquistas que promueven la revolución. La principal excepción la constituyó el movimiento español, que retuvo el prin-

cipio del colectivismo debido a la fuerte influencia bakuninista, pero en realidad sus propósitos se diferenciaban escasamente de los que tenían otros movimientos, y en la práctica el “comunismo libertario” establecido durante la Revolución Española de 1936 constituyó el ejemplo más notable de comunismo anarquista en toda la Historia.

Este comunismo anarquista o libertario no debe confundirse, por supuesto, con el comunismo más conocido de los marxistas: el comunismo basado en la propiedad común de la economía y el control estatal tanto de la producción como de la distribución, y también en la dictadura del Partido. El origen histórico del movimiento anarquista moderno, que parte de la disputa con los marxistas en la Primera y Segunda Internacional, se refleja en la obsesión ideológica de los anarquistas en lo que respecta al comunismo autoritario, y esto se ha reforzado después de la Revolución Rusa y de la Revolución Española. Como resultado, muchos anarquistas parecen haberse llamado a sí mismos comunistas no tanto porque tuvieran una convicción definida, sino porque deseaban desafiar a los marxistas en su propio terreno y superarlos a los ojos de la opinión pública. Podemos sospechar que los anarquistas son raramente comunistas cabales, en parte porque son siempre demasiado individualistas, y en parte porque no querrían establecer planes detallados para un futuro que debe estar en libertad de hacer sus propios ordenamientos.

El tipo de anarquismo que aparece cuando el colectivismo o el comunismo se concentran exclusivamente sobre el problema del trabajo es el sindicalismo. Según este enfoque, la sociedad debería basarse en los sindicatos, como expresión de la clase trabajadora, reorganizados de modo de

abarcar tanto las ocupaciones como las regiones, y reformados para que estén en manos de las masas, de manera que toda la economía se maneje de acuerdo con el principio del control de los trabajadores.

La mayoría de los colectivistas anarquistas y muchos comunistas durante el siglo XIX fueron implícitamente sindicalistas, y esto fue particularmente cierto respecto de los anarquistas de la Primera Internacional. Pero el anarcosindicalismo no se desarrolló en forma explícita hasta que surgió el movimiento sindicalista francés, a fines del siglo.⁶ Cuando el movimiento sindical francés se dividió en los sectores revolucionario y reformista en la década de 1890, predominaron los sindicalistas revolucionarios y muchos anarquistas se les unieron. Algunos de éstos, como Fernand Pelloutier y Emile Pouget, llegaron a ser influyentes, y el movimiento sindicalista francés, aunque nunca fue plenamente anarquista, constituyó una poderosa fuerza para el anarquismo hasta la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa. Las organizaciones anarcosindicalistas fueron también fuertes en los movimientos laborales de Italia y Rusia inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial, y sobre todo en España hasta el fin de la Guerra Civil, en 1936.

Este es un anarquismo para la mayoría de los elementos militantes con conciencia de clase que componen un movimiento laboral robusto. Pero el sindicalismo no es necesariamente anarquista, ni siquiera revolucionario; en la práctica, el anarcosindicalismo ha tendido a ser autoritario o reformista, o ambas cosas, y resultó difícil mantener

6. La palabra inglesa *syndicalism* proviene de la palabra francesa *syndicalisme*, que significa simplemente unión de trabajadores.

un equilibrio entre los principios libertarios y las presiones de la lucha cotidiana en pos de una mejor paga y condiciones de trabajo. Este no es tanto un argumento contra el anarcosindicalismo, como un peligro constante para los anarcosindicalistas. El argumento real contra el anarcosindicalismo y contra el sindicalismo en general es el de que acentúa excesivamente la importancia del trabajo y la función de la clase obrera. El sistema de clases es un problema político fundamental, pero la lucha de clases no es la única actividad política para los anarquistas. El sindicalismo es aceptable cuando se le ve como un aspecto del anarquismo, pero no cuando eclipsa a todos los demás aspectos. Este es un punto de vista del hombre que tiene sentido hasta donde llega, pero no llega a enfrentarse con la vida que transcurre fuera del trabajo.

NO TAN DISTINTOS

Debe decidirse que las diferencias existentes entre diversos tipos de anarquismo han llegado a ser menos importantes en años recientes. Excepto en el caso de dogmáticos de cada extremo, la mayoría de los anarquistas tienden a considerar que las viejas distinciones son más aparentes que reales – que constituyen sugerencias artificiales de énfasis, incluso de vocabulario, más que diferencias serias de principio—. Podría ser de hecho mejor considerarlos no tanto como tipos sino como aspectos del anarquismo que depende de la dirección de nuestros intereses.

Así, en nuestra vida privada somos individualistas, hacemos nuestras propias cosas y elegimos a nuestros compañeros y amigos por razones personales; en nuestra vida social somos mutualistas, concertamos libremente acuerdos entre

nosotros y damos lo que tenemos y obtenemos lo que necesitamos mediante intercambios recíprocos iguales; en nuestra vida laboral la mayoría seríamos colectivistas, y nos uniríamos a nuestros colegas en la producción para el bien común —y en la dirección del trabajo, la mayoría seríamos sindicalistas y nos uniríamos a nuestros colegas en la decisión de la manera en que debe hacerse el trabajo—; en nuestra vida política, la mayoría seríamos comunistas y nos uniríamos a nuestros vecinos en la decisión de cómo debe manejarse la comunidad. Esta es, por supuesto, una simplificación, pero expresa una verdad general acerca de la manera en que piensan actualmente los anarquistas.

QUÉ DESEAN LOS ANARQUISTAS

Es difícil decir qué desean los anarquistas, no sólo porque difieren tanto, sino porque vacilan en hacer propuestas detalladas acerca de un futuro que no pueden ni quieren controlar. Después de todo, los anarquistas desean una sociedad sin gobierno, y es obvio que tal sociedad variaría ampliamente de una época a otra y de un lugar a otro. El rasgo esencial de la sociedad que quieren los anarquistas es que será lo que sus miembros mismos querrán hacer de ella. Sin embargo, es posible decir qué es lo que la mayoría de los anarquistas desearían ver en una sociedad libre, aunque debe recordarse siempre que no hay ninguna línea oficial ni tampoco una manera de reconciliar los extremos de individualismo y comunismo.

EL INDIVIDUO LIBRE

La mayoría de los anarquistas comienzan con una actitud libertaria hacia la vida privada, y desean una elección mucho más amplia para la conducta personal y para las rela-

ciones sociales entre los individuos. Pero si el individuo es el átomo de la sociedad, la familia es la molécula, y la vida familiar continuaría aunque se eliminara toda la coerción que la impone. Sin embargo, aunque la familia sea natural, ya no es necesaria; los eficaces anticonceptivos y la inteligente división del trabajo han liberado a la humanidad de la limitada elección entre celibato y monogamia. No hay ninguna necesidad de que una pareja tenga hijos, y los niños podrían ser educados por más o menos de dos progenitores. La gente podría vivir sola y tener compañeros sexuales e hijos o vivir en comunas sin ningún compañero permanente y sin paternidad ni maternidad oficial.

Sin duda, la mayoría de la gente seguirá practicando alguna forma de matrimonio y la mayoría de los hijos serán educados en un ambiente familiar, cualquiera sea el proceso que sufra la sociedad, pero podría haber una gran variedad de ordenamientos personales dentro de una sola comunidad. El requerimiento fundamental es que las mujeres se liberen de la opresión de los hombres y también que los hijos se liberen de la opresión de los padres. El ejercicio de la autoridad no es mejor en el microcosmos de la familia que en el macrocosmos de la sociedad.

Las relaciones personales fuera de la familia no se reglamentarían mediante leyes arbitrarias o la competencia económica, sino por la solidaridad natural de la especie humana. Casi todos sabemos cómo tratar a nuestros congéneres —como querríamos que ellos nos trataran— y el respeto hacia sí mismo y la opinión pública constituyen una guía mejor para la acción que el temor o la culpa. Algunos opositores del anarquismo han sugerido que la opresión moral de la sociedad sería peor que la opresión física del

Estado, pero un peligro mayor lo constituye seguramente la autoridad no reglamentada de los grupos de vigilancia, la multitud linchadora, la banda de ladrones o la pandilla criminal (las formas rudimentarias del Estado que salen a la superficie cuando la autoridad reglamentada del Estado real está ausente por alguna razón).

Pero los anarquistas disienten poco en lo que respecta a la vida privada, y no hay mucho problema en ese sector. Después de todo, la mayoría de la gente ya ha hecho sus nuevos ordenamientos por sí misma, sin esperar por una revolución o cualquier otra cosa. Lo que se requiere para la liberación del individuo es la emancipación de los viejos prejuicios y el logro de un cierto estándar de vida. El problema real es la liberación de la sociedad.

LA SOCIEDAD LIBRE

La lógica prioridad de una sociedad libre consistiría en la abolición de la autoridad y la expropiación de la propiedad. En lugar del gobierno en manos de representantes permanentes sometidos a elección ocasional y de burócratas de carrera que son virtualmente inamovibles, los anarquistas desean la coordinación por obra de delegados temporarios sujetos a remoción en cualquier momento y de profesionales expertos que sean auténticamente responsables. En tal sistema todas las actividades sociales que implican organización serían manejadas, probablemente, por asociaciones libres. Estas podrían llamarse consejos, cooperativas, colectividades, comunas, comités, uniones, sindicatos, soviets o de cualquier otra manera (el nombre no tendría importancia, pues lo que realmente importa es la función).

Habría asociaciones de trabajo a partir del taller o del pequeño propietario hasta llegar al complejo industrial o agrícola más grande, que manejarían la producción y transportarían los bienes, recibirían las condiciones de trabajo y dirigirían la economía. Habría asociaciones de sector, a partir de la vecindad o la aldea hasta la unidad residencial más grande, que manejarían la vida en la comunidad: vivienda, calles, eliminación de desperdicios, aspectos decorativos de la ciudad. Habría asociaciones que dirigirían los aspectos sociales de tales actividades, como las comunicaciones, la cultura, la recreación, la investigación, la salud y la educación.

Un resultado de la coordinación mediante la asociación libre, mejor que mediante la administración por jerarquías establecidas, sería la extrema descentralización según lineamientos federalistas. Esto puede parecer un argumento contra el anarquismo, pero diríamos que es un argumento en favor de él. Una de las cosas más extrañas del pensamiento político moderno es que se echa a menudo la culpa de las guerras a la existencia de muchas naciones pequeñas, cuando las peores guerras de la Historia fueron provocadas por unas pocas naciones grandes. De la misma manera, los gobiernos tratan siempre de crear unidades administrativas cada vez más amplias, cuando la observación sugiere que las mejores son las pequeñas. La ruptura de los sistemas políticos grandes sería uno de los mayores beneficios del anarquismo, y los países podrían llegar una vez más a constituir entidades culturales, mientras que las naciones desaparecerían.

La asociación vinculada con cualquier clase de riqueza o propiedad tendría la responsabilidad crucial de asegurar que ésta se dividiera equitativamente entre las personas implica-

das, o, si no, de mantenerla en común y asegurar que su uso fuera equitativamente compartido por éstas. Los anarquistas difieren acerca de cuál es el mejor sistema, y sin duda diferirían también los miembros de una sociedad libre; correspondería a las personas que integran cada asociación adoptar el método que prefirieran. Habría una paga igual para todos o una paga según la necesidad o ninguna paga. Algunas asociaciones podrían utilizar moneda para el intercambio, algunas emplearlas solamente para transacciones amplias y complejas, y otras no utilizarlas en absoluto. Los bienes podrían comprarse, alquilarse, racionarse o liberarse. Si esta clase de especulación parece absurdamente insensata o utópica, valdría la pena recordar tan sólo cuántas cosas tenemos ya en común y cuántas otras podemos utilizar sin ningún pago.

En Inglaterra, la comunidad posee algunas industrias pesadas, transportes aéreos y ferroviarios, balsas y ómnibus, sistema de radio, agua, gas y electricidad, aunque paga para utilizarlos. Pero los caminos, los puentes, los ríos, las playas, los parques, las bibliotecas, los campos de deportes, los baños públicos, las escuelas, las universidades, los hospitales y los servicios de emergencia no sólo son propiedad de la comunidad sino que pueden utilizarse sin pagar nada. La distinción entre lo que se posee privadamente y lo que se posee comunitariamente, y entre lo que puede utilizarse por una paga y lo que puede utilizarse gratis es totalmente arbitraria. Podría parecer obvio que debemos tener derecho a utilizar los caminos y las playas sin pagar nada, pero éste no fue siempre el caso, y el libre uso de los hospitales y de las universidades sólo se practicó durante el presente siglo. De la misma manera puede parecer obvio que tengamos que

pagar por el transporte y el combustible, pero éste puede no ser siempre el caso, aunque no hay ninguna razón para que no se puedan utilizar gratis.

Un resultado de la división equitativa o la distribución libre de la riqueza, antes que en la acumulación de propiedad consistiría en el fin del sistema de clases basado en la propiedad. Pero los anarquistas desean también el fin del sistema de clases basado en el control. Esto significaría una vigilancia constante para impedir el desarrollo de la burocracia en cualquier asociación, y, sobre todo, significaría la reorganización del trabajo sin una clase de directores.

EL TRABAJO

La primera necesidad del hombre es la de comida, protección y vestimenta que hagan posible vivir; la segunda es la de un mayor confort para que la vida sea digna de ser vivida. La primera actividad económica de cualquier grupo humano es la producción y distribución de las cosas que satisfacen estas necesidades; y el aspecto más importante de una sociedad —después de las relaciones personales en las que se basa— es la organización del trabajo necesario. Los anarquistas tienen dos ideas características acerca del trabajo: la primera es que la mayoría del trabajo es desagradable, pero podría organizarse para que fuera más soportable e incluso placentero; y la segunda es que todo trabajo debe organizarlo la gente que realmente lo hace.

Los anarquistas coinciden con los marxistas en que el trabajo, en la sociedad actual, aliena al trabajador. No es su vida, sino lo que éste hace para poder vivir; su vida es lo que hace fuera del trabajo, y cuando hace algo que le gusta no lo llama trabajo. Esto es cierto respecto de la mayor

parte de las tareas para la mayoría de las personas en todos los lugares, y puede ser cierto respecto de una cantidad de tareas para una cantidad de personas de todas las épocas. El trabajo fatigoso y repetitivo que hay que hacer para que las plantas crezcan y los animales progresen, para que funcionen las líneas de producción y los sistemas de transporte, para llevar a la gente lo que ésta desea y retirarle lo que no desea, no podría abolirse sin una declinación drástica del estándar material de vida; y la automatización, que puede hacer menos fatigoso ese trabajo, lo vuelve aún más repetitivo. Pero los anarquistas insisten en que la solución no consiste en condicionar a la gente para que crea que la situación es inevitable, sino en reorganizar el trabajo esencial de modo, que, en primer lugar, sea normal que las personas capaces de hacerlo participen en él, y que nadie invierta en ese trabajo más de unas pocas horas por día; y, en segundo lugar, de manera que sea posible que cada uno alterne entre tipos diferentes de trabajo fastidioso, que lo serían menos a causa de la mayor variedad. Es cuestión no sólo de que todos tomen sobre sí una parte equitativa, sino también de que sea equitativo el tipo de trabajo que todos realizan.

Los anarquistas coinciden también con los sindicalistas en que el trabajo deberían dirigirlo los trabajadores. Esto no quiere decir que la clase trabajadora —o los sindicatos o un partido obrero, es decir, un partido que pretenda representar a la clase obrera— maneje la economía y tenga el control último del trabajo. Tampoco significa la misma cosa en menor escala, o sea que el personal de una fábrica pueda elegir a los directores o ver las cuentas. Significa simplemente que la gente que hace un determinado trabajo ejerza un control directo y total de lo que hace, sin ninguna clase

de patrón, gerente o inspector. Algunas personas pueden ser buenos coordinadores, y centrar su actividad sobre la coordinación, pero no hay ninguna necesidad de que tengan poder sobre quienes realizan efectivamente el trabajo. Otras personas pueden ser perezosas o ineficaces, pero ya lo son hoy. La cuestión reside en tener el máximo control posible sobre el propio trabajo de uno, así como sobre la propia vida.

Este principio se aplica a todos los tipos de trabajo –en el campo como en la fábrica, en las grandes empresas y en las pequeñas, en ocupaciones no especializadas y especializadas, en trabajos de baja categoría y en las profesiones liberales– y no es sólo un gesto útil para hacer felices a los trabajadores, sino un principio fundamental de cualquier tipo de economía libre. Una objeción obvia es la de que el completo control por parte de los trabajadores llevaría una competencia ruinosa entre distintos lugares de trabajo y a la producción de cosas no deseadas; una respuesta obvia es la de que la falta completa de control por los trabajadores lleva exactamente a lo mismo. Lo que se requiere es el planeamiento inteligente, y, pese a lo que parece pensar la mayoría de éste, no depende de un mayor control desde arriba, sino de una mayor información en los niveles más bajos.

La mayoría de los economistas se han preocupado por la producción más bien que por el consumo, por la manufactura de cosas más bien que por su uso. Tanto la gente de derecha como la de izquierda desea que los trabajadores produzcan más, sea para hacer más ricos a los ricos o para hacer más fuerte al Estado, y el resultado es la “superproducción” junto con la pobreza, la producción creciente junto con la desocupación cada vez mayor, la existencia de bloques más

altos de oficinas al mismo tiempo que aumentan las personas sin hogar, los mayores rendimientos de cosecha por hectárea cuando es cada vez mayor el número de hectáreas que quedan sin cultivar. A los anarquistas les preocupa el consumo más que la producción (el uso de las cosas para satisfacer las necesidades de todo el pueblo, en lugar de aumentar los beneficios y el poder de los ricos y los fuertes).

NECESIDADES Y LUJOS

Una sociedad que pretenda tener alguna decencia, no puede permitirse explotar las necesidades básicas. Quizá sea aceptable que se compren y vendan artículos de lujo, puesto que podemos optar entre utilizarlos o no; pero los artículos de primera necesidad no son meros bienes, ya que no tenemos opción respecto de su uso. Si hay algo que deba sustraerse al mercado comercial y arrebatarse a los grupos exclusivos, es seguramente la tierra en que vivimos, el alimento que en ella crece, las casas construidas allí y aquellas cosas esenciales que constituyen la base material de la vida humana: vestimenta, herramientas, lugares de esparcimiento, combustibles, etcétera. Es también seguramente obvio que cuando hay abundancia de un artículo de primera necesidad todos deberían poder disponer de lo que necesitan; pero que cuando hay escasez, debería existir un sistema de racionamiento libremente consentido de modo que cada uno obtenga una parte equitativa. Es evidente que algo anda mal en cualquier sistema en el cual existan juntos el derroche y la necesidad, y donde algunas personas tengan más de lo que necesitan mientras otras carecen de ello.

Sobre todo, es claro que la primera tarea de una sociedad saludable consiste en eliminar la escasez de los artículos de

primera necesidad –tal como la escasez de alimentos en los países subdesarrollados y de vivienda en los países avanzados– mediante el adecuado uso del conocimiento técnico y de los recursos sociales. Si la capacidad técnica y laboral disponible en Inglaterra se utilizara adecuadamente, por ejemplo, no habría ninguna razón para que no se cultivara suficiente alimento y se construyeran bastantes casas como para alimentar y alojar a toda la población. Esto no ocurre ahora porque la actual sociedad tiene otras prioridades, no porque no pueda ocurrir. En una época se suponía que era imposible que todos fueran vestidos adecuadamente, y los pobres siempre utilizaban andrajos; ahora hay abundancia de vestimenta, y también podría haberla de todas las demás cosas.

Los lujos, por una extraña paradoja, son también artículos de primera necesidad, aunque no de necesidad básica. La segunda tarea de una sociedad saludable consiste en hacer que los artículos de lujo estén también libremente disponibles, aunque éste sería un sector en el cual el dinero podría tener aún una función útil, siempre que no se le distribuyera de acuerdo con la ridícula falta de sistema de los países capitalistas o el sistema aún más ridículo de los países comunistas. La cuestión esencial consiste en que todos deberían tener un acceso libre e igual al lujo.

Pero el hombre no vive sólo de pan ni siquiera de tortas. A los anarquistas no les agradaría ver que las actividades de recreación, intelectuales, culturales y otras semejantes están en manos de la sociedad, incluso de la más libertaria. Pero hay otras actividades que no pueden dejarse a cargo de los individuos organizados en asociaciones libres, sino que deben ser manejadas por la sociedad en su conjunto. Estas son las que pueden llamarse actividades de bienes-

tar: ayuda mutua que escape del alcance de la familia y los amigos y se ubique fuera del lugar de residencia o trabajo. Consideremos tres de estos casos.

LA SOCIEDAD DE BIENESTAR

La educación es muy importante en la sociedad humana, porque nos lleva mucho tiempo crecer y aprender los hechos y habilidades necesarios para la vida social. Los anarquistas siempre se han preocupado mucho por los problemas de la educación. Muchos líderes anarquistas aportaron valiosas contribuciones a la teoría y la práctica educacional, y muchos reformadores educacionales han tenido tendencias libertarias, desde Rousseau y Pestalozzi hasta Montessori y Neil. Ideas acerca de la educación que en un tiempo se consideraban utópicas forman ahora parte normal del plan de estudios tanto fuera como dentro del sistema educacional estatal, y la educación quizás sea el sector más estimulante de la sociedad para los anarquistas prácticos. Cuando la gente dice que la anarquía suena muy bien pero no puede funcionar, podemos citar como ejemplo una buena escuela primaria o comprensiva, o un buen campo de deportes y aventuras o un club juvenil. Pero incluso el mejor sistema educacional está aún bajo el control de personas que ejercen autoridad: maestros, administradores, directores, funcionarios, inspectores, y otros. Los adultos que se ocupan de cualquier proceso educacional tienen que dominarlo en cierta medida, pero no hay ninguna necesidad de que ellos —y menos aún las personas que no se ocupan directamente del proceso— lo controlen.

Los anarquistas desean que las actuales reformas educacionales vayan mucho más lejos. No sólo deben abolirse la

disciplina estricta y el castigo corporal sino también toda disciplina impuesta y todos los métodos punitivos. No sólo debe liberarse a las instituciones educacionales del poder de las autoridades externas sino a los estudiantes del poder de los maestros o administradores. En una relación educacional saludable, el hecho de que una persona sepa más que otra no es razón para que el maestro tenga autoridad sobre el educando. El *status* de los maestros de la sociedad actual se basa en la edad, la fuerza, la experiencia y el derecho; el único *status* que los maestros deberían tener, tendría que basarse en su conocimiento de un tema y en su capacidad para enseñarlo, y en última instancia en su capacidad para inspirar admiración y respeto. Lo que se requiere es no tanto el poder estudiantil –aunque éste sea un útil correctivo del poder de los maestros burócratas– como un control de los trabajadores ejercido por todas las personas implicadas en una institución educacional. El punto esencial consiste en romper el vínculo entre enseñanza y gobierno y en liberar a la educación.

Esta ruptura se halla en realidad más próxima en lo que concierne a la salud que a la educación. Los médicos ya no son magos y las enfermeras ya no son santas, e incluso en muchos países se acepta el derecho al tratamiento médico libre. Lo que se requiere es la ampliación del principio de libertad del aspecto económico al político, dentro del sistema de salud. La gente debería poder internarse en un hospital sin pagar nada, y las personas deberían también poder trabajar en los hospitales sin que existiera ninguna clase de jerarquía. Una vez más, lo que se necesita es un control de los trabajadores, que deben ejercer todas las personas que integran una institución médica. Y tal como la educación es

para los alumnos, así también la salud es para los pacientes.

El tratamiento de la delincuencia también ha progresado mucho, pero aún está lejos de ser satisfactorio. Los anarquistas tienen dos ideas características acerca de la delincuencia: la primera es que la mayoría de los así llamados criminales son en gran medida iguales a las demás personas, sólo que son más pobres, débiles, tontos o desdichados que ellas; la segunda es que las personas que dañan persistentemente a otras no deben ser dañadas a su vez, sino atendidas. Los mayores criminales no son los ladrones, sino los patrones; no son los gangsters, sino los gobernantes; no son los asesinos, sino los que organizan asesinatos en masa. El Estado revela y castiga unas pocas injusticias menores, mientras que las mayores de la presente sociedad se disimulan, y en verdad las perpetra el Estado. En general, el castigo daña más a la sociedad que el crimen: es más amplio, está mejor organizado y resulta mucho más efectivo. Sin embargo, aún la sociedad libertaria tendría que protegerse a sí misma contra algunas personas, y eso implicaría, inevitablemente, algún grado de compulsión. Pero el tratamiento adecuado de la delincuencia formaría parte de la educación y del sistema de salud, y no se transformaría en un sistema institucionalizado de castigo. El último recurso no sería el encarcelamiento o la muerte, sino la exclusión o la expulsión.

EL PLURALISMO

Esto podría funcionar al revés. Un individuo o un grupo podría rehusarse a unirse a la mejor sociedad posible o insistir en dejarla; nada lo detendría. En teoría es posible que un hombre se baste mediante sus propios esfuerzos, aunque en la práctica dependa de la comunidad que le pro-

porciona algunos materiales y recibe algunos productos en cambio, pues resulta difícil abastecerse, literalmente, a sí mismo. Una sociedad colectivista o comunista debería tolerar, e incluso alentar, tales zonas de individualismo. Lo inaceptable sería que una persona independiente tratara de explotar el trabajo de otra empleándola mediante un sueldo no equitativo o intercambiando bienes a precios no justos. Esto no debería suceder, porque las personas no trabajarían normalmente en beneficio de otros antes que en el propio ni les comprarían su producción con desventaja; y aunque ninguna ley impidiera la apropiación, no habría tampoco ninguna que impidiera la expropiación —uno podría sacarle algo a cualquier otro, pero esto otro podría recuperarlo—. La autoridad y la propiedad difícilmente puedan restaurarlas individuos aislados.

Un peligro mayor provendría de grupos independientes. Podría existir fácilmente dentro de la sociedad una comunidad separada, y esto provocaría severas tensiones; si tal comunidad volviera a la autoridad y la propiedad, lo cual podría elevar el estándar de vida de unos pocos, la gente sentiría la tentación de unirse a la sucesión, especialmente si la sociedad estuviera pasando en general por una mala época.

Pero una sociedad libre tendría que ser pluralista y tolerar no sólo las diferencias de opinión acerca de la manera de poner en práctica la libertad y la igualdad sino también las desviaciones de la teoría de la libertad y de la igualdad en general. La única condición sería que nadie estuviera forzado a adherir a tales tendencias con su voluntad, y en este punto resultaría necesario disponer de alguna clase de presión autoritaria para proteger incluso a la sociedad libertaria. Pero los anarquistas desean reemplazar la sociedad de

masas por una masa de sociedades, todas las cuales vivirían juntas con la misma libertad que gozarían los individuos que las integran. El mayor peligro para las sociedades libres que se han establecido no fue la regresión interna, sino la agresión externa, y el problema real no consiste tanto en la manera de mantener en funcionamiento una sociedad libre, como en el modo de ponerla a funcionar.

REVOLUCIÓN O REFORMA

Los anarquistas han defendido tradicionalmente la revolución violenta para establecer una sociedad libre, pero algunos de ellos rechazaron la violencia o la revolución o ambas cosas —la violencia va en general seguida por la contraviolencia y la revolución por la contrarrevolución—. En cambio, son pocos los anarquistas que han defendido la mera reforma, pues es fácil comprender que mientras exista el sistema de autoridad y propiedad los cambios no amenazarán nunca la estructura básica de la sociedad. La dificultad consiste en que lo que desean los anarquistas es revolucionario, pero una revolución no llevará necesariamente —ni siquiera con probabilidad— a lo que los anarquistas desean. Este es el motivo por el cual tendieron a recurrir a acciones desesperadas o a recaer en una inactividad producto del desaliento.

En la práctica, la mayoría de las disputas entre los anarquistas reformistas y revolucionarios carecen de significado, pues sólo el revolucionario más encarnizado se rehúsa a admitir las reformas y sólo el reformista más blando se rehúsa a admitir las revoluciones, y todos los revolucionarios saben que su obra no llevará más que a una reforma, y todos los reformistas saben que su obra lleva generalmente a alguna clase de revolución. Lo que la mayoría de los anar-

quistas desea es una constante presión de todas clases que produzca la conversión de los individuos, la formación de grupos, la reforma de las instituciones, la rebelión de la gente y la destrucción de la autoridad y del derecho de propiedad. Si esto sucediera sin perturbaciones, estaríamos encantados; pero nunca ocurrió así, y probablemente nunca ocurrirá. Al final es necesario salir y enfrentar a las fuerzas del Estado en la vecindad, en los lugares de trabajo y en las calles –y si se derrota al Estado es aun más necesario seguir trabajando para impedir el establecimiento de un nuevo Estado y para comenzar la construcción de una sociedad libre.

QUÉ HACEN LOS ANARQUISTAS

Los primero que hacen los anarquistas es pensar como anarquistas. Algunos comienzan como anarquistas que tienden a hacer una experiencia confusa que implica un considerable trastorno emocional e intelectual. Ser un anarquista consciente es una situación de permanente dificultad (bastante parecida a ser, por ejemplo, un ateo en la Europa medieval); es difícil irrumpir a través de la barrera del pensamiento y persuadir a la gente de que la necesidad de que exista el gobierno (como que exista Dios) no es evidente por sí misma, sino que se le debe discutir e incluso rechazar. Un anarquista tiene que elaborar una nueva visión integral del mundo y una nueva manera de tratarlo; esto se hace habitualmente mediante la conversación con las personas que son anarquistas o están cercanas al movimiento, especialmente dentro de algún grupo o actividad del ala izquierda.

Además, incluso el anarquista más acérrimo tiene contacto con no anarquistas, y tal contacto constituye, inevitablemente, una oportunidad para la difusión de las ideas

anarquistas. Entre la familia y los amigos, en el hogar y en el trabajo, cualquier anarquista que no sea enteramente filosófico en sus convicciones puede ser influido por ellas. No es universal, pero sí habitual que los anarquistas se preocupen menos que las demás personas por cosas tales como la fidelidad de sus esposas, la obediencia de sus hijos, la conformidad de los vecinos o la puntualidad de los colegas. Es menos probable que los empleados y ciudadanos anarquistas hagan lo que se les dice, y que los maestros y padres anarquistas hagan hacer a otros lo que se les dice que hagan. El anarquismo que no se muestra en la vida personal resulta muy sospechoso.

Algunos anarquistas se contentan con tener una posición tomada y limitar sus opiniones a su propia vida, pero la mayoría de ellos desean ir más lejos e influir sobre otras personas. En la conversación acerca de cuestiones sociales o políticas expresarán el punto de vista libertario, y en las luchas sobre problemas públicos apoyarán la solución libertaria. Pero para producir una repercusión real es necesario trabajar con otros anarquistas o en alguna clase de grupo político, sobre la base más permanente que la del encuentro ocasional. Este es el comienzo de la organización, que lleva a la propaganda y, finalmente, a la acción.

LA ORGANIZACIÓN Y LA PROPAGANDA

La forma inicial de la organización anarquista consiste en un grupo de discusión. Si éste resulta viable, se desarrollará de dos maneras: establecerá vínculos con otros grupos y comenzará a desarrollar una actividad más amplia. Los vínculos con otros grupos pueden llevar, eventualmente, a alguna clase de federación que coordine la actividad y emprenda iniciativas más ambiciosas. La actividad anar-

quista comienza normalmente con alguna forma de propaganda para hacer comprender la idea básica del anarquismo en sí. Hay dos maneras principales de lograrlo: la propaganda verbal y propaganda mediante la acción.

La palabra puede ser escrita o hablada. En la actualidad, la palabra hablada se oye menos que antes, pero las reuniones públicas –sean en local cerrado o al aire libre– constituyen aún un método valioso que permite llegar a la gente en forma directa. El estadio final que transforma a alguien en anarquista lo precipita, normalmente, algún tipo de contacto personal, y una reunión constituye una buena oportunidad para ello. Aparte de celebrar reuniones específicamente anarquistas, es también útil asistir a otras reuniones para exponer un punto de vista anarquista, sea tomando parte en las deliberaciones o interrumpiéndolas.

Los vehículos más refinados para la palabra hablada en la actualidad son, por supuesto, la radio y la televisión, y los anarquistas se las han arreglado, ocasionalmente, para lograr que se les oiga en algunos programas. Pero la radiotelefonía es en realidad un medio más bien insatisfactorio para la propaganda, porque resulta inadecuado para transmitir ideas no familiares, y el anarquismo es aún una idea no familiar para la mayoría de los oyentes y teleespectadores; también es inadecuado para transmitir ideas políticas explícitas, y la forma más efectiva de difundir por radio el anarquismo quizá consista en presentar relatos que contengan moralejas implícitas. Lo mismo puede decirse de medios tales como el cine y el teatro, utilizables para una propaganda extremadamente efectiva en manos hábiles. Sin embargo, los anarquistas no han logrado, en general, obtener de estos canales de comunicación todo lo que uno podría esperar.

En todo caso, por más efectiva que sea la propaganda verbal, la palabra escrita es necesaria para completar el mensaje, y ha constituido y constituye todavía, en gran medida, la forma más común de propaganda. La idea de una sociedad sin gobierno puede haber existido subterráneamente durante siglos y haber llegado en ocasiones a la superficie en los movimientos populares radicales, pero la sacaron por primera vez a la luz para millares de personas los libros de escritores tales como Paine, Godwin, Proudhon, Stirner, y otros. Y cuando la idea arraigó y la expresaron grupos organizados, comenzó ese flujo de periódicos y escritos que constituye aún el método principal de comunicación en el movimiento anarquista. Algunas de estas publicaciones han sido muy buenas; la mayoría, bastante malas; pero todas resultaron esenciales para asegurar que el movimiento no ha estado girando sólo sobre sí mismo, sino que mantuvo un constante diálogo con el mundo externo. Además, en este caso, aparte de producir obras específicamente anarquistas, conviene también colaborar en periódicos no anarquistas y escribir libros no anarquistas para expresar un punto de vista anarquista a los lectores que no lo son.

Pero la palabra hablada y escrita, aunque necesaria, nunca es suficiente. Podemos hablar y escribir en términos generales todo lo que queremos, pero este hecho por sí mismo no nos llevará a ninguna parte. Es también necesario ir más allá de la mera propaganda, de dos maneras: discutir problemas particulares en un momento y de una manera tales que tengan un efecto inmediato u obtener publicidad mediante algún hecho más dramático que las meras palabras. La primera manera es la agitación, la segunda es la propaganda mediante la acción.

La agitación es el punto en el cual una teoría política se encuentra con la realidad política. La agitación anarquista resulta adecuada cuando la gente está especialmente receptiva para las ideas anarquistas debido a la existencia de alguna clase de tensión en el sistema estatal —durante guerras nacionales o civiles, luchas industriales o agrarias, campañas contra la opresión o escándalos públicos—, y consiste esencialmente en propaganda que desciende a la realidad y se hace practicable. En una situación de conciencia creciente, la gente no está tan interesada en la especulación general como en propuestas específicas. Ésta es la oportunidad para mostrar en detalle qué es lo que está equivocado en el actual sistema y cómo se le podría corregir. La agitación anarquista ha sido a veces efectiva, especialmente en Francia, España, y los Estados Unidos antes de la Primera Guerra Mundial; en Rusia, Italia y China después de ella y en España durante la década de 1930: ha sido en ocasiones efectiva en Inglaterra, en la década de 1880, a comienzos de la década de 1940 y, nuevamente, en la década de 1960.

La idea de la propaganda mediante la acción se interpreta a veces erróneamente, tanto por parte de los anarquistas como de sus enemigos. Cuando se usó por primera vez esta expresión (durante la década de 1870) significaba demostraciones, motines y sublevaciones que se consideraban como acciones simbólicas destinadas a obtener publicidad útil, antes que éxito inmediato. La cuestión residía en que la propaganda no consistiera solamente en palabras acerca de lo que podría hacerse, sino en noticias acerca de lo que se había hecho. No significó originariamente y no significa necesariamente violencia, y menos aún asesinato; pero luego de la ola de atropellos cometidos por anarquistas

individuales de la década de 1890, la gente llegó a identificar la propaganda mediante la acción con actos personales de violencia. Esta imagen aún no se ha desvanecido.

Sin embargo, para la mayoría de los anarquistas actuales es más probable que la propaganda mediante la acción sea no violenta o, por lo menos, no implique una violencia activa, y que esté contra el uso de las bombas. Esa propaganda ha vuelto, de hecho, a su significado original, aunque tiende en la actualidad a tomar formas bastante distintas: huelgas de brazos caídos y obstrucciones del tránsito, interrupciones organizadas en las reuniones y demostraciones no ortodoxas. La propaganda mediante la acción no tiene por qué ser ilegal, aunque a menudo lo es. La desobediencia civil es un tipo especial de propaganda por la acción que implica la trasgresión abierta y deliberada de una ley para lograr publicidad. Muchos anarquistas no están de acuerdo con ella porque implica también la incitación abierta y deliberada al castigo, que ofende los sentimientos anarquistas acerca de cualquier tipo de contacto voluntario con las autoridades; pero ha habido épocas en que algunos anarquistas las consideraban una forma útil de propaganda.

La agitación, especialmente cuando es exitosa, y la propaganda mediante la acción, especialmente cuando es ilegal, van más allá de lo que algunos anarquistas consideraron una mera propaganda. La agitación incita a la acción, y la propaganda por los hechos implica la acción; es en este punto donde los anarquistas entran en el campo de la acción y donde el anarquismo comienza a ser cosa seria.

LA ACCIÓN

El cambio que implica pasar de la teorización acerca del anarquismo a su puesta en práctica significa un cambio de organización. El grupo típico de discusión o propaganda, que está abierto a una fácil participación por la gente de afuera y a una fácil observación por las autoridades, y se basa en que cada miembro haga lo que quiera y no haga lo que nosotros no queremos hacer, se volverá más exclusivo y más formal. Ese es un momento de gran peligro, puesto que una actividad demasiado rígida lleva al autoritarismo y al sectarismo, mientras una demasiado laxa lleva a la confusión y a la irresponsabilidad. El peligro resulta aún mayor porque los anarquistas, cuando el anarquismo se transforma en una cosa seria, llegan a constituir una amenaza seria para las autoridades y comienza la persecución real.

La forma más común de acción anarquista consiste en que la agitación acerca de un problema se transforme en participación en una campaña. Esta puede ser reformista, en favor de algo que no cambie todo el sistema, o revolucionaria, en pro de un cambio a introducir en el sistema mismo; puede ser legal o ilegal o ambas cosas, violenta o no violenta o sólo no activamente violenta. Puede tener una probabilidad de éxito o carecer de ella desde el comienzo. Los anarquistas pueden ser influyentes o incluso dominantes en la campaña o constituir uno de los muchos grupos que participan de ella. No cuesta mucho pensar en una amplia variedad de campos posibles de acción, y durante un siglo los anarquistas los ensayaron todos. La forma de acción en que se mostraron más felices y que es la más típica del anarquismo es la acción directa.

La idea de la acción directa la entienden también a menudo en forma equivocada tanto los anarquistas como sus enemigos. Cuando se utilizó por primera vez esta expresión (durante la década de 1890) no significaba nada más que lo contrario de acción “política”, es decir, parlamentaria; en el contexto del movimiento liberal significaba acción “industrial”, especialmente huelgas, exclusiones y sabotajes que se consideraban como una preparación para la revolución y un ensayo de ella. La cuestión residía en que la acción se aplicaba no indirectamente, mediante representantes, sino directamente por las personas más estrechamente implicadas en una situación o directamente ubicadas en ella, y tendía a lograr alguna dosis de éxito más que una mera publicidad.

Esto parecería bastante claro, pero la acción directa se confundió de hecho con la propaganda mediante la acción, y especialmente con la desobediencia civil. La técnica de la acción directa se desarrolló realmente en el movimiento sindicalista francés por reacción contra las técnicas más extremas de la propaganda mediante la acción; en lugar de desviarse hacia gestos dramáticos pero ineficaces, los sindicalistas emprendían el trabajo tedioso pero efectivo —ésa, por lo menos, era la teoría—. Pero a medida que creció el movimiento sindicalista y llegó a entrar en conflicto con el sistema en Francia, España, Italia, los Estados Unidos y Rusia e incluso Inglaterra, las manifestaciones notables de acción directa comenzaron a asumir la misma función de los actos de propaganda mediante la acción. Entonces, cuando Gandhi comenzó a describir como acción directa lo que era realmente una forma no violenta de desobediencia civil, se confundieron las tres expresiones y llegaron a signi-

ficar más o menos lo mismo. En otras palabras, designaron aproximadamente cualquier forma de actividad política que estuviera contra la ley o se pusiera de algún otro modo fuera de las reglas aceptadas de la etiqueta constitucional.

Sin embargo, para la mayoría de los anarquistas tiene su significado original, aunque aparte de sus formas tradicionales asume también otras nuevas –invadir bases militares o tomar universidades, ocupar fábricas–. Lo que la hace particularmente atractiva para los anarquistas es que resulta coherente con los principios libertarios y también consigo misma. La mayoría de las formas de acción política que realizan los grupos de oposición están destinadas, sobre todo, a ganar el poder; algunos grupos utilizan las técnicas de la acción directa, pero tan pronto obtienen el poder no sólo cesan de utilizarlas, sino que impiden que otros grupos lo hagan. Los anarquistas están en favor de la acción directa en todo momento; lo ven como acción normal, como acción que se refuerza a sí misma y se desarrolla a medida que se le utiliza, como acción que puede emplearse para crear, y también para sostener, a una sociedad libre.

Pero hay algunos anarquistas que no tienen fe en la posibilidad de crear una sociedad libre, y su acción varía de acuerdo con esa creencia. Una de las tendencias pesimistas más fuertes dentro del anarquismo es el nihilismo. La palabra nihilismo la acuñó el escritor ruso Iván Turguénev en su novela *Padres e hijos* para describir la actividad escéptica y desdeñosa de los populistas jóvenes en Rusia hace un siglo, pero llegó a significar el punto de vista que niega el valor no sólo del Estado o de la moralidad predominante sino también de la sociedad o de la humanidad misma; para el nihilista estricto nada es sagrado, ni siquiera él mismo, de

modo que el nihilismo va un paso más allá del egoísmo más desenfrenado.

Una forma extrema de acción inspirada por el nihilismo es el terrorismo por sí mismo, antes que por venganza o propaganda. Los anarquistas no tienen ningún monopolio del terror, pero éste ha estado a veces de moda en algunos sectores del movimiento. Después de la frustrada experiencia de predicar una teoría minoritaria en una sociedad hostil o con frecuencia indiferente, resulta tentador atacar físicamente a la sociedad. No puede remediar mucho la hostilidad, pero terminará por cierto con la indiferencia; que me odien, siempre que me teman, es la línea de pensamiento del terrorista. Pero si el asesinato calculado ha sido improductivo, el terror al azar ha resultado contraproducente, y no se exagera al decir que nada hizo más daño al anarquismo que el arrebatado de violencia psicopática que siempre lo ha recorrido y aún lo recorre.

Una forma más suave de acción inspirada por el nihilismo es el bohemialismo, fenómeno constante aunque el hombre parezca cambiar para cada una de sus manifestaciones. También esta tendencia ha estado de moda en algunos sectores del movimiento anarquista, y por supuesto también en amplios círculos exteriores a él. En lugar de atacar a la sociedad, el bohemio se aísla de ella, pero si bien vive sin adaptarse a los valores de la sociedad, se mantiene habitualmente en y por ella. Se han dicho muchas insensateces acerca de esta tendencia. Los bohemios pueden ser parásitos, pero esto también es cierto respecto de muchas otras personas. En cambio, no hacen daño a nadie excepto a sí mismos, lo cual no es cierto respecto de muchas otras personas. Lo que más puede decirse de ellos, en su favor, es

que pueden hacer el bien distrayéndose y poniendo sobre el tapete cuestiones, como las ideas recibidas, de manera ostentadora pero inocua. Lo que cabe decir es que les resulta realmente imposible cambiar a la sociedad y pueden distraer energías de esta tarea, que es, para la mayoría de los anarquistas, el núcleo vital de su doctrina.

Una manera más coherente y constructiva de aislarse de la sociedad consiste en dejarla y establecer una nueva comunidad que se baste a sí misma. Esto ha constituido en algunas épocas un fenómeno muy difundido, por ejemplo, entre los entusiastas religiosos de la Edad Media, y entre muchos tipos de personas más recientemente, en especial en los Estados Unidos y, por supuesto, en Palestina. Los anarquistas han sido afectados por esta tendencia en el pasado, pero no mucho en la actualidad; como otros grupos de izquierda, es más probable que ellos establezcan su propia comunidad informal, basada en una red de personas que viven y trabajan juntas pero dentro de la sociedad, en vez de apartarse de ella. Esto puede concebirse como el núcleo de una nueva forma de sociedad que se desarrolla dentro de las viejas formas, o si no como una forma viable de refugio para protegerse de los requerimientos de la autoridad, que no es demasiado extrema para la gente común.

Otra forma de acción que se basa en un punto de vista pesimista acerca de las perspectivas del anarquismo es la protesta permanente. Según este enfoque, no hay ninguna esperanza de cambiar a la sociedad, de destruir el sistema estatal o de poner en práctica el anarquismo. Lo importante no es el futuro, la estricta adherencia a un ideal fijo y la cuidadosa elaboración de una bella utopía, sino el presente, el retrasado reconocimiento de una amarga realidad y la cons-

tante resistencia ante una situación horrorosa. La protesta permanente es la teoría de muchos ex anarquistas que no abandonaron sus creencias pero que ya no tienen esperanzas de éxito; es también la práctica de muchos anarquistas activos que mantienen intactas sus creencias y siguen como si aún esperaran éxito, pero que saben —consciente o inconscientemente— que nunca lo verán. La actividad a que se dedicó la mayoría de los anarquistas durante el siglo XIX puede describirse como la protesta permanente, cuando se le observa en forma retrospectiva; pero es tan dogmático decir que las cosas nunca cambiarán como decir que deben cambiar forzosamente, y nadie puede predecir cuándo llegará a tener efectividad la protesta y a transformarse repentinamente el presente en el futuro. La real distinción es la de que la protesta permanente se concibe como una acción de retaguardia en una causa sin esperanza, mientras la mayor parte de la actividad anarquista se concibe como la acción de una vanguardia o, por lo menos, de exploradores en una lucha que no podemos ganar y que nunca terminará, pero que vale la pena librar.

Las mejores tácticas en esta lucha son las que resultan coherentes con la estrategia general de la guerra por la libertad y la igualdad, desde las escaramuzas de la guerrilla en la propia vida privada hasta las batallas en regla en las campañas sociales importantes. Los anarquistas constituyen casi siempre una pequeña minoría, de modo que no tienen mucha oportunidad de elegir el campo de batalla, sino que deben luchar donde se dé la acción. En general, las ocasiones más fructíferas han sido aquellas en que la agitación anarquista llevó a la participación de los anarquistas en amplios movimientos de izquierda, especialmente en el

movimiento laboral, pero también en movimientos antimilitaristas e incluso pacifistas en países que se preparan para guerras o las están librando, en movimientos anticlericales y humanistas que ocurren en países religiosos, en movimientos en pro de la liberación nacional o colonial, de la igualdad racial o sexual, de la reforma legal o penal, o de las libertades civiles en general.

Tal participación significa, inevitablemente, una alianza con grupos no anarquistas y algún compromiso respecto de los principios, y los anarquistas que se consagran profundamente a tal acción corren siempre peligro de abandonar totalmente su ideario. En cambio, el rehusarse a aceptar tal riesgo significa generalmente la esterilidad y el sectarismo, y el movimiento anarquista sólo tendió a ser influyente cuando aceptó desempeñar plenamente su papel. La contribución peculiar de los anarquistas a tales ocasiones es doble: acentuar el fin de una sociedad libertaria e insistir sobre la utilización de métodos libertarios para lograrla. Esta es de hecho una única contribución, pues el aspecto más importante que podemos señalar es no sólo que el fin no justifica los medios sino que los medios determinan el fin, que los medios *son* fines en la mayoría de los casos. Podemos estar seguros de nuestras propias acciones, pero no de las consecuencias.

Una buena oportunidad que tienen los anarquistas de impulsar a la sociedad hacia el anarquismo parece constituir la participación activa, según estos lineamientos, en movimientos no sectarios tales como el Comité de los 100 en Inglaterra, el Movimiento 22 de marzo en Francia, la SDS en Alemania, los Provos en Holanda, los Zengakuren en Japón, y los diversos grupos de derechos civiles, resis-

tencia al enrolamiento y poder estudiantil en los Estados Unidos. En épocas anteriores, la máxima oportunidad para un movimiento realmente sustancial hacia el anarquismo se encontraba, por supuesto, en los episodios sindicalistas militantes en Francia, Italia, España, los Estados Unidos y Rusia, y, sobre todo, en las revoluciones de Rusia y España. Actualmente, no reside en las revoluciones violentas y autoritarias de Asia, África y Sudamérica, sino más bien en insurrecciones de Hungría en 1956, Francia y Checoslovaquia en 1968, Portugal en 1974 y Polonia en 1980.

ÍNDICE

	<i>Pág.</i>
NOTA EDITORIAL <i>Grupo Gómez Rojas</i>	7
PRÓLOGO <i>Colin Ward</i>	11
SOBRE EL ANARQUISMO <i>Nicolas Walter</i>	15
<i>Introducción</i>	17
LO QUE CREEN LOS ANARQUISTAS	19
Liberalismo y socialismo	21
Democracia y representación	24
Estado y clase	26
Organización y burocracia	30
Propiedad	31
Dios y la Iglesia	35
Guerra y violencia	36
El individuo y la sociedad	39
EN QUÉ DIFIEREN LOS ANARQUISTAS	43
El anarquismo filosófico	43
Individualismo, egoísmo y libertarismo	44
Mutualismo y federalismo	47
Colectivismo, comunismo, sindicalismo	50
No tan distintos	55
QUÉ DESEAN LOS ANARQUISTAS	57
El individuo libre	57
La sociedad libre	59

El trabajo	62
Necesidades y lujos	65
La sociedad de bienestar	67
El pluralismo	69
Revolución o reforma	71
QUÉ HACEN LOS ANARQUISTAS	73
La organización y la propaganda	74
La acción	79

Editorial Eleuterio



del Grupo de Estudios José Domingo Gómez Rojas

Desde Editorial Eleuterio nos hemos propuesto construir una biblioteca que abarque la mayor cantidad de expresiones anarquistas para poder incentivar el estudio y comprensión desde las perspectivas más amplias y cercanas a las raíces del pensamiento libertario.

Esta tarea significa recoger escritos literarios, investigaciones históricas, compilaciones de artículos anarquistas de difícil acceso y textos de pensadores anarquistas indispensables para todo aquel que desee estudiar la plenitud de la anarquía y su desarrollo en la actualidad.

Eleuterio es un vocablo griego que significa hombre libre: es el adjetivo de la libertad, es decir, la libertad en el espíritu de hombres y mujeres.

— ALGUNOS TÍTULOS —

CO-EDICIONES

Anarquía. Orden sin autoridad, de
Rodrigo Quesada Monge [editado con
EUNA (Costa Rica)]

Ciencia moderna y anarquía,
de Piotr Kropotkin

COLECCIÓN DE EDUCACIÓN

*Educación Anarquista, aprendizajes para
una sociedad libre*, VV.AA.

Para educar en la libertad,
de Josefa Martín Luengo.

SERIE EL HOMBRE Y LA TIERRA

El Estado Moderno,
de Élisée Reclus

Educación,
de Élisée Reclus

CUADERNOS DE LITERATURA

Los anarquistas,
de José Santos González Vera

Versos Rebeldes, de Varios Autores

Cuentos anarquistas de América Latina,
Pequeña antología

Hijos del pueblo,
de Rodolfo González Pacheco

COLECCIÓN CONSTRUYENTE

*Albert Camus. Su relación con los
anarquistas y su crítica libertaria de la
violencia*, de Lou Marin

Mi anarquismo y otros escritos,
de Rafael Barrett

101 definiciones del anarquismo,
de Grupo Gómez Rojas (eds.)

MÁS INFORMACIÓN EN:

www.eleuterio.grupogomezrojas.org
eleuterio@grupogomezrojas.org



Este libro fue proyectado desde la imaginación de Artes Gráficas Cosmos entre Santiago y Buenos Aires. Está compuesto por la familia tipográfica Roboto en los títulos y Adobe Garamond Pro en los cuadros de texto. La presente edición salió a las redes durante el invierno de 2016 en Santiago de Chile.

Hoy, la palabra anarquismo inspira miedo y fascinación, pero pocas personas entienden lo que los anarquistas creen, lo que las anarquistas necesitan y lo que los anarquistas hacen. Este incisivo ensayo enfoca al anarquismo como una pragmática filosofía política.

Esta es una nueva edición del clásico trabajo del anarquista inglés Nicolas Walter, escritor, periodista y activo manifestante contra el poder y el Estado. Fue frecuentemente impreso y traducido a varios idiomas, incluyendo el francés, español, japonés, serbo-croata, chino, polaco y ruso.

Robson Achiamé
Editor brasileiro



ISBN 978-956-9261-18-3